

LA ESPERANZA NO DEFRAUDA

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD
DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN



RÍMINI 2005

© 2005 Fraternità di Comunione e Liberazione
Traduzione dall'italiano di Belen Cabello Albendea
Edizione fuori commercio
Finito di stampare nel mese di luglio 2005
presso Ingraf, Milano

Cubierta: Giotto, *Resurrección de Lázaro* (detalle), Basílica inferior de san Francisco, Asís.

En el Vaticano, 27 de abril de 2005

*Reverendo Señor
Don Julián Carrón
Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación*

*Reverendo Señor,
tengo la alegría de transmitirle a usted y a la Fraternidad de Comunión y Liberación un especial saludo de Su Santidad Benedicto XVI con motivo de los “Ejercicios espirituales” que tendrán lugar en Rímíni durante los días 29 al 30 de abril próximos. Mientras continúa todavía vivo en su ánimo el recuerdo del conmovedor funeral del difunto don Luigi Giussani en el Duomo de Milán, el Santo Padre, participando espiritualmente en el fervor de estos días de reflexión y de oración guiados por usted, desea vivamente que den frutos de renovación ascética y de ardiente celo apostólico y misionero.*

Es muy significativo el tema de las meditaciones que usted dictará: La esperanza. ¡Qué necesario es para nuestro tiempo comprender el valor y la importancia de la esperanza cristiana que hunde sus raíces en una fe sencilla y sin titubeos en Cristo y en su palabra de salvación! De esta esperanza se nutrió el querido don Luigi Giussani y tras sus huellas pretende seguir el camino vuestra benemérita Fraternidad. Vuestro Fundador precedió en poco tiempo el pío tránsito del amado Santo Padre Juan Pablo II. Ambos, ardientes testigos de Cristo, nos dejan en herencia el testimonio de una total entrega a la “esperanza que no defrauda” (Rm 5,5), esa esperanza que el Espíritu Santo infunde en los corazones de los creyentes derramando sobre ellos el amor de Dios.

El Sumo Pontífice confía a María Santísima, Madre de la Esperanza, el buen éxito de vuestros “Ejercicios espirituales” y envía de corazón la implorada Bendición Apostólica a usted, a los participantes en el encuentro y a toda la Fraternidad de Comunión y Liberación.

Aprovecho la circunstancia para confirmarle también mi cercanía espiritual.

*Su devotísimo en el Señor
Angelo Cardenal Sodano, Secretario de Estado*

Viernes 29 de abril, noche

■ INTRODUCCIÓN

A la entrada y a la salida:

Franz Schubert, Sinfonía n. 8 en sí menor, "Inacabada" D759,

C. Kleiber - Wiener Philharmoniker

"Spirto Gentil", Deutsche Grammophon (Universal)

Julián Carrón. Os saludo a todos, a cada uno personalmente, porque cada uno de vosotros forma parte de esta compañía, de este pueblo generado por la fe y por el testimonio de don Giussani que, por primera vez, nos acompaña de otra manera, aunque está más presente que nunca y todos nosotros experimentamos su cercanía, su presencia.

Saludamos también a todos los amigos de los países que están conectados vía satélite y a los que harán los ejercicios durante las próximas semanas: en total 60 países.

Hay cuatro países que por primera vez participarán en los Ejercicios con nosotros en las próximas semanas: Uruguay, Honduras, Egipto y Etiopía.

Todos somos conscientes del momento tan especial que estamos viviendo y cuanto más lo pensamos, más experimentamos nuestra desproporción ante el imponente desafío que tenemos delante. Por eso nos sale casi espontáneamente empezar este gesto invocando al Espíritu para que nos conceda a todos, a cada uno personalmente, estar delante de Cristo.

Desciende Santo Espíritu

Comenzamos leyendo la carta que el Secretario de Estado, el cardenal Sodano, me ha enviado como Presidente de la Fraternidad de Comunión y Liberación:

«Reverendo Señor, tengo la alegría de transmitirle a usted y a la Fraternidad de Comunión y Liberación un especial saludo de Su Santidad Benedicto XVI con motivo de los "Ejercicios espirituales" que tendrán lugar en Rímimi durante los días 29 al 30 de abril próximos. Mientras continúa todavía vivo en su ánimo el recuerdo del conmovedor funeral del difunto don Luigi Giussani en el Duomo de Milán, el Santo Padre, participando espiritualmente en el fervor de estos días de reflexión y de oración guiados por usted, desea vivamente que den frutos de renovación ascética y de ardiente celo apostólico y misionero.

Es muy significativo el tema de las meditaciones que usted dictará: *La esperanza*. ¡Qué necesario es para nuestro tiempo comprender el valor y la importancia de la esperanza cristiana que hunde sus raíces en una fe sencilla y sin titubeos en Cristo y en su palabra de salvación! De esta esperanza se nutrió el querido don Luigi Giussani y tras sus huellas pretende seguir el camino vuestra benemérita Fraternidad. Vuestro Fundador precedió en poco tiempo el pío tránsito del amado Santo Padre Juan Pablo II. Ambos, ardientes testigos de Cristo, nos dejan en herencia el testimonio de una total entrega a la “esperanza que no defrauda” (*Rm* 5,5), esa esperanza que el Espíritu Santo infunde en los corazones de los creyentes derramando sobre ellos el amor de Dios.

El Sumo Pontífice confía a María Santísima, Madre de la Esperanza, el buen éxito de vuestros “Ejercicios espirituales” y envía de corazón la implorada Bendición Apostólica a usted, a los participantes en el encuentro y a toda la Fraternidad de Comunión y Liberación.

Aprovecho la circunstancia para confirmarle también mi cercanía espiritual.

Su devotísimo en el Señor

Angelo Cardenal Sodano, Secretario de Estado».

«Cuando vuelva el Hijo del hombre ¿encontrará fe en la tierra?».¹

Esta pregunta de Jesús no es retórica, pero menos aún en esta época de relativismo en la que vivimos, una época que no reconoce nada como definitivo porque –como decía Malraux– «conocemos la mentira de todos nosotros».²

Sabemos bien que no somos diferentes de los demás y este nihilismo tan extendido llega también hasta nosotros y penetra en nuestra vida de muchas formas. Por eso sentimos con más urgencia todavía la pregunta de Jesús: «Cuando vuelva el Hijo del hombre ¿encontrará fe en la tierra?»: fe entendida no como una vaga religiosidad, confusa y sin contenido, sino fe como reconocimiento de una presencia histórica capaz de cambiar la vida y de sostenerla. Sin esta Presencia a la que podemos adherirnos, de hecho, la vida nos arrastra a todos al nihilismo, a la nada.

Sabemos bien lo que es esta fe. Hemos tenido la suerte de verla en dos gigantes: don Giussani y Juan Pablo II. Sabemos lo que es porque a todos nos ha sostenido la fe de estos dos hombres y por eso vemos que cuando falta una fe así, una presencia así en la historia, ésta se convierte en un desierto, en un lugar en el que no hay donde apoyarse, donde sostenerse.

Por eso la muerte de estos dos gigantes, que han sostenido la fe del pueblo cristiano, marca el momento que vivimos, que todos nosotros

hemos vivido en estos dos meses trepidantes, que han culminado con la elección del nuevo guía de nuestro pueblo: Benedicto XVI.

Todos estos hechos hablan de la urgencia del momento presente. ¿Qué nos está indicando el Señor a través de la desaparición de don Giussani y de Juan Pablo II y de la elección de Benedicto XVI? Podemos entender lo que el Señor nos pide si miramos con atención lo que ha sucedido y sigue sucediendo, empezando por la muerte de don Giussani.

«Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto».³ Es imposible pensar en don Giussani, en su muerte, y no pensar en esta frase de Jesús. Somos los primeros en sorprendernos de que desde el momento de su muerte se haya multiplicado su fecundidad. De repente, hemos visto cómo se despertaba en mucha gente el interés por su persona: en la capilla ardiente y durante el funeral en el Duomo de Milán apareció ante todos la grandeza singular de don Giussani. Es paradójico cuánta esperanza ha despertado misteriosamente con su muerte nuestro queridísimo amigo.

Todos aquellos que se han encontrado con nosotros durante este tiempo esperan una respuesta. ¿Cuántos se han dirigido a nosotros para conocerle! ¿Y quién puede responderles sino nosotros? Esto nos obliga a descubrir con más conciencia que el movimiento es cada uno de nosotros y en este momento tenemos la estupenda posibilidad de mostrar todo nuestro agradecimiento a don Giussani y, sobre todo, de realizar la verdadera finalidad de nuestra Fraternidad.

Es como si la propia realidad nos mostrara el camino que hay que recorrer: se trata sencillamente de responder al Misterio que nos apremia.

¿Cómo podemos responder a todos los que se nos acercan provocados por lo que han visto? Con el mismo método que don Giussani utilizó con nosotros. No podemos responder simplemente hablando de él; lo que todos esperan es que hagamos presente lo que él nos hizo presente a nosotros: a Cristo.

¿No ha sido esto lo que nos ha fascinado a cada uno de nosotros? Al encontrarnos con él (lo hemos visto muchas veces) percibíamos la mirada misma de Cristo dirigiéndose a nosotros. El acontecimiento de gracia que él ha significado para nosotros se repite si el cristianismo es un hecho que nos aferra tan poderosamente que llega hasta cualquiera que se encuentre con nosotros.

De esta manera el carisma de don Giussani permanece y puede ser conocido, no porque nos convertimos en evocadores de una figura del pasado o en simples repetidores de un discurso correcto e inmaculado, sino porque la vorágine de caridad en la que nos ha introducido sigue

siendo una realidad presente mediante el testimonio de un pueblo que en estos tiempos dramáticos aparece como signo de la victoria de Cristo, de su inexorable positividad.

Haciendo presente a Cristo respondemos también al interés de la inmensa multitud que fue a saludar por última vez a Juan Pablo II. ¿Qué buscaba tanta gente yendo a Roma después de hacer tantas horas de cola? ¿Quién responderá a su grito, a sus exigencias? Sin duda alguna el primero en responder es su sucesor, nuestro queridísimo Benedicto XVI, cuyo testimonio en estos días ha sido impresionante.

¿En qué nos interpela esto a nosotros? ¿Cómo podemos ayudar al Papa a responder en nuestros ambientes, «entre la gente-gente»? ¿Qué nos piden todos estos hechos? Para hacer presente a Cristo tenemos necesidad de conversión, de renovar nuestra fe. Nos lo ha dicho el Papa: estamos llamados a ser realmente adultos en la fe y por eso no debemos seguir siendo niños en la fe, menores de edad.

¿En qué consiste ser niños en la fe? se preguntaba el Papa. Significa –respondía con san Pablo– ser zarandeados por las olas, llevados aquí y allá por cualquier viento de doctrina, es decir, por el relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida de todo la propia persona y sus apetencias. Una fe que sigue las olas de la moda o la última novedad no es adulta; una fe adulta y madura está profundamente enraizada en la amistad con Cristo. Esta amistad introduce otro factor: el Hijo de Dios, el verdadero hombre. Él es –nos ha dicho el Papa– la medida del verdadero humanismo.

El Papa nos llama a todos a esto para responder a la urgencia del momento actual, ante todo por nosotros, porque sin esta amistad con Cristo nuestra vida no se mantiene en pie y no podemos dar al mundo nada que responda adecuadamente a sus necesidades.

Todo se juega, por tanto, en la respuesta de cada uno a la invitación de Cristo a participar de esta amistad. «Sígueme», «sígueme», repitió el entonces cardenal Ratzinger en el funeral de Juan Pablo II.

Resumió la vida de Juan Pablo II en la respuesta que el Papa daba en cada circunstancia a la llamada de Jesús a seguirle. Lo que importaba, lo que marcó cada paso en la vida del Papa, en su imponente testimonio fue la respuesta al Señor que le llamaba a través de las circunstancias de la vida: «sígueme». Así nos daba a todos la oportunidad de saber qué es lo que hace fecunda la vida. La trama de la vida no es lo que aparece, sino este diálogo misterioso entre Cristo y cada uno de nosotros: «sígueme».

«Nuestro Papa –recordaba el entonces cardenal Ratzinger– lo sabemos todos, nunca quiso salvar la propia vida, guardársela para sí mismo;

quiso entregarse sin reservas, hasta el último momento, por Cristo y así, también, por nosotros. De esta forma ha podido experimentar [tener experiencia] de que todo lo que había entregado en las manos del Señor se le ha devuelto de un modo nuevo».⁴

Esta experiencia de la vida hace nacer «la esperanza que no defrauda», el tema de nuestros Ejercicios.

La esperanza es la virtud del peregrino, del caminante, de quien está –usando la expresión clásica– en *status viatoris*, el *viator*, aquel que está en camino. El *status viatoris* indica la condición de estar en camino y, por tanto, designa la constitución más íntima de nuestro ser criaturas. Estamos en camino y la virtud del que camina es la esperanza, entre aquello que somos y aquello que todavía no hemos alcanzado. Para llegar a la meta hace falta recorrer un camino en el que necesitamos que nos sostengan. Todos sabemos que tenemos necesidad de que nos sostengan en este camino. Esta es la importancia de la esperanza en nuestro camino.

Participamos estos días en un gesto que tiene una forma mediante la cual el Misterio nos habla a todos nosotros, es el Misterio que nos habla, nos toca, nos abraza y nos acompaña. Por eso tenemos que cuidar todos los detalles de este gesto como nos ha enseñado siempre don Giussani.

Todo esta a tu servicio y al mío, al servicio de tu fe, de tu esperanza, de tu amistad con Jesús. Por eso el orden, la música, el canto, el silencio y todo existe para que nuestra participación no sea vana, para que estar aquí sea la posibilidad de que el Misterio toque tu vida y la mía.

Por eso os suplico que cada uno asuma personalmente la responsabilidad de cuidar el gesto para sostenernos mutuamente –porque somos débiles– ayudándonos a mantener el silencio, este diálogo misterioso que incrementa nuestra amistad con Jesús, sobre todo, en el autobús, porque no tenemos demasiado tiempo libre y tenemos que aprovechar cada momento. El silencio está al servicio de nuestra relación con Cristo: como cuando sucede algo que nos deja sin palabras, la consecuencia de un acontecimiento que sucede. Para conservar, para acoger, para abrazar este acontecimiento es necesario el silencio –si no, se nos escapa, no queda nada– que favorece un trabajo personal para el que no tenemos mucho tiempo, después, en la vida cotidiana.

Por eso ayudémonos unos a otros durante estos días, pidiendo a la Virgen y a don Giussani que nos lleven en la palma de su mano.

SANTA MISA

HOMILÍA DE SU EXCELENCIA MONSEÑOR LUIGI NEGRI
OBISPO DE SAN MARINO-MONTEFELTRO

En este tiempo, en esta hora tan profunda y radical, como ha descrito Carrón, en la grande y pacificadora comunión de los santos nos sale al encuentro esta tarde santa Catalina de Siena, esta figura gigantesca de mujer que por su fe y a través de su testimonio formó un pueblo y lo sacó del relativismo de entonces, es decir, de las enemistades familiares y locales y encaminó nuestro pueblo hacia la fe y la caridad.

Nos acompaña hoy esta personalidad gigantesca junto a los grandes testimonios de Juan Pablo II y don Giussani, esta mujer que escribió –recuerdo todavía bien, y muchos de vosotros lo recordaréis, uno de los primeros encuentros de nuestro movimiento en los que don Giussani se pasó todo el tiempo comentando esta frase de Catalina–: «Si sois lo que debéis ser, prenderéis fuego por toda Italia».⁵

Una gracia, la fe es una gracia que se convierte en una tarea en la profundidad de la libertad que acoge, del corazón que reconoce, del ánimo que se arriesga a seguir, sin detenerse por la conciencia del propio límite o del límite de los hermanos y todo se convierte en objeto de una real y tenaz comunión.

Somos hijos de esta fe, esta fe que tiene raíces antiguas y que ha surgido milagrosamente en nuestra historia a través de los grandes testimonios de santidad que hemos tocado, visto y oído, y que comunicamos a los demás. Pero es la hora de la fe para cada uno de nosotros, para que también para nosotros, como para aquellos que nos la han transmitido, la gracia de la fe se convierta en tarea, la tarea de ofrecer el testimonio de un cambio que se experimenta y así, a través de este cambio experimentado, poder ofrecer la única, real, verdadera y significativa contribución al cambio de todos los hombres y de todo el mundo. Así sea.

ANTES DE LA BENDICIÓN FINAL

Permitidme decir una última y brevísima palabra. Cuando cumplí sesenta años don Giussani me envió un mensaje, que no olvidaré, en el que me recordaba que había empezado a seguir esta gran aventura cuando todavía llevaba pantalones cortos (¡y era literalmente verdad!). Durante estos años todos me habéis visto vivir en medio de vosotros tra-

tando de dar a esta gran compañía todo lo que he podido a pesar de mis límites de los cuales soy absolutamente consciente.

Que el Papa se haya fijado en mí y haya pensado en mí para integrarme en la sucesión apostólica y confiarme una Iglesia particular con él y bajo su guía, es ciertamente una gran responsabilidad para mí, pero también muestra su aprecio por todos nosotros y por nuestra historia, por nuestra fe común y por esta amistad cargada de humanidad y de afecto, que cada uno de vosotros ha sabido ciertamente leer y sabe gozar casi más que yo.

Sábado 30 de abril, mañana

A la entrada y a la salida:

Ludwig van Beethoven, Concierto para violín y orquesta en re mayor, Opus 61,

A. Cluytens - D. Oistrakh

Orquesta Nacional de la Radiodifusión Francesa

“Spirto Gentil”, EMI

Don Pino. Ayer por la tarde Julián, al empezar la introducción, recordó la gran pregunta de Cristo: «Cuando vuelva el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?».

Este último día de la historia encuentra su misteriosa y real anticipación al principio de cada jornada. ¿Cómo se renueva para cada uno de nosotros el milagro de la adhesión a esta dulce y gran presencia del Señor? Mirando a esa joven mujer que es su Madre, aquella que dio la carne y la sangre al Misterio entre nosotros; mirándola y pidiéndole que nos haga participar libremente de su sí al Misterio.

Ángelus

Laudes

■ PRIMERA MEDITACION

Deseo y cumplimiento

1. Deseo de totalidad

Julián Carron. «Los hombres raramente aprenden lo que creen ya saber»,⁶ decía Bárbara Ward, citada tantísimas veces por don Giussani. Él estaba convencido –y nos lo dijo muchas veces– de que el problema fundamental es un problema de conocimiento. Por eso el primer desafío que nos lanza a cada uno de nosotros es éste: la prioridad no está en aquello que tú piensas, que normalmente está ya determinado por la mentalidad común, ni tampoco en lo que hay que hacer, influenciado desde el primer momento por la reducción típica moderna. La primera cuestión es dejarse aferrar por la curiosidad de conocer.

Al hablar con mucha gente me doy cuenta de que no se ha comprendido el núcleo de la cuestión a pesar de haber trabajado durante dos años en la Escuela de comunidad *El sentido religioso*.⁷ Por eso tenemos que volver continuamente a comprender quién soy yo, qué deseo y de qué estoy hecho –porque todo el problema reside aquí pues, si no lo comprendemos, ya desde los primeros pasos empezamos a recorrer un camino equivocado–. Y como nos ha enseñado don Giussani el punto de partida para conocer sólo puede ser la experiencia porque en la experiencia la realidad se hace transparente: en la experiencia del amor comprendo lo que es el amor, en la experiencia de mi persona en acción comprendo quién soy, se desvela la naturaleza de mi persona. Por eso la experiencia es el instrumento del camino, el punto fundamental de método.

«Desgraciadamente –afirma Hannah Arendt–, parece más fácil convencer a los hombres de que se comporten de la manera más impensable e injuriosa que convencerles de que aprendan de la experiencia, de que piensen y juzguen verdaderamente, en vez de aplicar categorías y fórmulas preconcebidas en nuestra mente».⁸

Es difícil convencer a los hombres de que aprendan de la experiencia. ¿Qué descubro en mi experiencia? «Tener necesidad –dice Luisa Muraro– es la premisa de toda la cuestión, tener necesidad no de esto o de aquello, sino de todo».⁹ La premisa de toda la cuestión de la vida es que tenemos necesidad de todo, que nuestro deseo es deseo de totalidad. Por eso el hombre lleva dentro siempre «una inquietud –son palabras de Jaspers– que nada puede satisfacer».¹⁰ Es lo que siempre hemos sintetizado con la palabra «corazón»: «La palabra corazón –decía don Giussani– sintetiza las exigencias que ponen en marcha al hombre».¹¹ El corazón. «El corazón es lo que es y no se puede cambiar. Podemos llegar incluso a matarnos, pero bajo el impulso del corazón».¹²

Esta exigencia de totalidad que define el corazón nos hace percibir la vida siempre –escribía María Zambrano– «como incompleta y fragmentaria»¹³, porque «lo que yo soy –en palabras de Ricoeur– no se puede comparar con lo que yo sé»¹⁴

El corazón es el criterio último de juicio sobre todo: cualquier intento de respuesta, debe responder a esta carencia. Nadie cree en el corazón como criterio de juicio y todos quieren explicárnoslo. Pero «detrás de las pasiones –decía de nuevo María Zambrano–, se esconden otras pasiones más fundamentales, y detrás de todas, la pasión de ser. La gran pasión que obliga al hombre a ser [...] como si fuera la prolongación de un Dios que lo ha creado para esto».¹⁵

Lo resume de forma muy clara la famosa frase de san Agustín: «Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti».¹⁶ El Misterio pertenece a este yo. Por eso la persona está inquieta hasta que descansa en ti. Esto expresan muchos de los salmos que rezamos todos los días: «Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?».¹⁷

Por eso «el amor de Dios –decía san Basilio– no es algo que pueda enseñarse, sino que desde que empieza a existir este ser vivo que llamamos hombre es depositada en él una fuerza espiritual, a manera de semilla que encierra en sí misma la facultad y la tendencia al amor».¹⁸

Deseo de totalidad, deseo de Dios, deseo de una satisfacción total: la naturaleza del hombre es sed de satisfacción total. Por eso nuestro deseo no es un deseo cualquiera, como pensamos con frecuencia, sino que es un deseo de totalidad. Muchas veces no comprendemos la naturaleza de este deseo y ahí empiezan todos los problemas, porque no entendemos el drama de la persona, El «misterio eterno de nuestro ser».¹⁹

¿En qué se nota que no lo comprendemos? En el hecho de que muchas veces, en el fondo, pensamos que podemos conseguir lo que nos proponemos; reducimos la desproporción estructural, este deseo de totalidad, a una cuestión ética: si cambio de trabajo, lo consigo, consigo ser feliz, consigo responder a este deseo, o si cambio la circunstancia, o si cambio esto que no soporto; si me empeño, en el fondo, conseguiré resolver la cuestión de la vida. Como si la vida fuera un problema de estrategia, de habilidad y esto significa que no hemos comprendido la naturaleza de este deseo y sucumbimos al moralismo de pensar que con un poco más de esfuerzo lo conseguiremos. Y por eso muchas veces, cuando no lo conseguimos, empezamos a lamentarnos o a ser agresivos, nos enfadamos con todo y con todos, en primer lugar, con nosotros mismos.

Pero todo esto es signo de que el Misterio nos resulta extraño. El Misterio nos es ajeno mientras vivimos, en nuestra relación con la realidad, al abrir los ojos por la mañana y mirar el sol y las montañas. Por eso cuando nos encontramos con alguien que no vive así, nos impresiona como nos impresionaba siempre don Giussani, «un hombre –para expresarlo con una bellísima frase de Leon Bloy– que hacía familiar lo infinito en las conversaciones más comunes»,²⁰ hacía familiar el Misterio, el Infinito, mientras estaba sentado a la mesa.

A nosotros nos falta esta familiaridad con el Misterio, el Misterio no forma parte de la conciencia del yo. Somos hombres modernos: nuestra razón «moderna» es enemistad con el Misterio, el Misterio nos es ajeno.

¿Quien se sorprende en la vida cotidiana pensando que en cada experiencia de insatisfacción que todos experimentamos a diario el Misterio nos está recordando –decía don Giussani–: «yo soy el Misterio que falta en cada cosa que tú gustas»?²¹ ¿Cuál fue la última vez que pensamos, cuando algo nos faltaba, que nos faltaba el Misterio?

«Yo soy el Misterio que falta en cada cosa que tú gustas». Es como si desde dentro de tu experiencia, no añadiendo algo, no añadiendo un reclamo externo, sino desde dentro de tu experiencia, el Misterio te dijera al oído: «Yo soy... no te enfades con la nada: soy yo, el Misterio que falta en cada cosa que tú gustas». ¿Quién oye el grito de esta ausencia?

¡Menos mal que me faltas! Menos mal que me faltas, Cristo, porque si no, me olvidaría de ti durante toda la jornada. Porque esta ausencia, contrariamente a cuanto pensamos normalmente, es el recurso que tenemos para no olvidarle; no es un obstáculo, sino lo que nos facilita su reconocimiento. Mucho más que un reclamo externo que nos hace lamentarnos de la compañía: si no lo reconocemos en cada experiencia de ausencia ¿para qué sirve que te lo digan los demás? ¿Si no escuchamos el grito del corazón para qué sirve todo lo demás?

El deseo es ausencia del ser; en este deseo Él se hace presente. Hasta Sartre lo reconocía, escribiendo: «El deseo es ausencia del ser, es solicitado en lo más íntimo de su ser por el ser al que desea».²² Esta es la segunda cosa que no entendemos: tenemos un deseo, pero no el Ser que lo cumple; no nos damos cuenta de que nuestro deseo existe, porque existe el Ser que lo despierta. Lo hemos expresado en el canto inglés *My Father sings to me: «In the world there is Someone asking me to ask Him “why?”»*²³ («En el mundo hay Alguien que me pide que le pregunte “por qué?”»), en mi pregunta hay Alguien que me pide que le pregunte: «¿por qué?».

Y en el canto *Mi rostro*: «Sólo cuando advierto que tú estás, como un eco vuelvo a escuchar mi voz y renazco como el tiempo del recuerdo».²⁴ Es Él, es Él el que me hace ser y despierta continuamente en mí el deseo de plenitud del corazón.

Gracias al deseo el hombre descubre al Ser que se lo despierta. Sin el Ser que despierta el deseo, no habría deseo. «Es en la soledad –escribe don Gius en *El sentido religioso*– donde el hombre descubre su compañía esencial. Esta compañía es más original que la soledad, porque se me da. Por eso, antes que la soledad, está la compañía, que abraza mi soledad».²⁵ De la misma manera podemos decir que el Ser es más original que el deseo, porque éste es despertado continuamente por el Ser.

Tomar conciencia cada mañana de lo que deseo es la posibilidad para nosotros de reconocerle: sentir esta ausencia es sentir que me faltas Tú,

que «yo soy Tú que me haces». Todas las mañanas se nos ofrece a cada uno de nosotros, a nuestra debilidad, a nuestra pequeñez esta posibilidad de relación con el Misterio, despertada por el deseo, como algo que urge dentro de nosotros: como decía siempre don Gius, por los deseos del corazón, que te lanzan a esta relación con el Misterio. Por eso es exigencia de totalidad y si alguien reduce esto, la vida se hace insoportable como sucede muchas veces, porque esta espera es la esencia del yo. «¿Alguien nos ha prometido alguna vez algo? Entonces, ¿por qué esperamos?»,²⁶ escribía Pavese.

La espera es la estructura misma de nuestra naturaleza, la esencia de nuestra alma; no es un proyecto nuestro, se nos da. Por eso la promesa está en el origen mismo de nuestra hechura. Leemos en *El sentido religioso*: «Quien ha hecho al hombre, lo ha hecho “promesa”. Estructuralmente el hombre espera; estructuralmente es mendigo: la vida es estructuralmente promesa».²⁷ Por eso la vida es éste continuó «tender a», tender hacia la promesa. La vida como vocación, como tensión, como tensión hacia la promesa. Todo nos ayuda a vivir la vida así, todo se nos da para esto, porque el Misterio constantemente nos hace tender a, llamándonos a través de las cosas. Las circunstancias, todo lo que sucede en la vida, nos hace tender a la promesa. Las criaturas son la forma con la que el infinito nos llama, nos despierta, nos lanza, nos alcanza para no dejarnos morir, para que no decaiga esta tensión a la totalidad.

Muchas veces detenemos este dinamismo que nos remite continuamente al Ser, al Misterio. Pero precisamente el Misterio llama nuestra libertad a realizarse, a la satisfacción total inscrita en el corazón, a través de esta modalidad y, por tanto, para detener este dinamismo tenemos que estar continuamente «pasando» porque tenemos que frenar este impulso del Ser que continuamente nos despierta, nos lanza, nos hace tender a, nos urge.

2. Deseo y deseos: la dictadura de los deseos

Confundimos el deseo de totalidad con los deseos y sucumbimos a su dictadura. Las formas pueden ser muy variadas.

a) La primera es identificar el deseo con una imagen que nos fabricamos de Él: es lo que don Giussani llamaba «el sueño». «Las exigencias del corazón –decía– pretenden ser atendidas, pero como el hombre no tiene capacidad de satisfacerlas, [...] entonces damos forma a esa pretensión con el rostro, con la consistencia frágil y en última instancia ilusoria, de lo que se llama sueño».²⁸ «En el acto de afirmarse –confirma María Zambrano– el hombre tropieza consigo mismo, se enreda en su sombra,

en su sueño, en su imagen».²⁹ Esto es el sueño: una imagen creada por nuestra mente, por nuestra fantasía; muchas veces confundimos la imagen creada por nuestra fantasía con las exigencias originales del corazón, confundimos los deseos con el deseo de totalidad. En cambio estas exigencias originales que apremian dentro de nuestra personalidad no las fabricamos nosotros. Por tanto don Giussani distinguía el «ideal» del «sueño».

El ideal nace de la naturaleza de la que estamos hechos, el sueño nace de nosotros mismos. La sed del corazón es nuestra, pero nadie nos ha prometido que la respuesta a esta sed sea el whisky o la Coca-Cola. La respuesta a esta sed se nos asegura, pero no se nos asegura que la respuesta sea la que nos imaginamos nosotros. Por eso, si nos aferramos a una imagen, antes o después quedamos defraudados, porque seguir el sueño convierte en cenizas todo lo que cae en nuestras manos. Escribía François Mauriac: «Siempre me he engañado sobre el objeto de mis deseos. No sabemos lo que deseamos, no amamos lo que queremos amar».³⁰ Cuántas veces podríamos repetir nosotros lo mismo, engañados sobre el objeto de nuestros deseos. La consecuencia de esta desilusión es la violencia: nos enfadamos con la vida porque no se cumple, con el trabajo, con nuestra mujer, con nuestros amigos.

La consecuencia inevitable de la negación práctica del Misterio, de esta reducción del Misterio y del deseo de totalidad a nuestros deseos es la violencia con nosotros mismos y con todo lo demás. Por eso muchas veces es difícil entrar dentro de nosotros mismos, tenemos que huir. Como escribía Ibsen: «Oh sol adorable, has derramado tus rayos en una estancia vacía. El dueño de la casa estaba siempre fuera».³¹ Para resistir tenemos que huir.

b) Ya que esta situación es cruda e insoportable pensamos resolverla –segunda forma– reduciendo el deseo: contentémonos con menos. Pero la reducción del deseo «crea –como dice don Giussani en *El sentido religioso*– la otra cara de la tristeza, la *desesperación*».³²

«La objeción y el engaño –dice Luisa Muraro– aparecen con la automoderación: nos contentamos con poco. El engaño empieza cuando empezamos a infravalorar la enormidad de nuestras exigencias y nos ponemos a pensar que hay que ajustarlas a nuestras fuerzas que son naturalmente limitadas [reducir un poquito el deseo]. Entonces, adaptándonos [...] a deseos ficticios como los de la publicidad, tomando como meta cualquier resultado, no realizamos nuestros verdaderos intereses, no hacemos lo que verdaderamente nos interesa, ya no buscamos nuestra conveniencia. A decir verdad, seguimos buscándola, no podemos por menos (por fortuna), pero, tal vez, por miedo a un golpe de alegría, tal vez por un –humano y excusable– miedo a sufrir nos contentamos con poco. En la práctica, acabamos esforzándonos más para ganar menos».³³

Dostoievski identifica la razón de esto: «Si se privase a los hombres de lo infinitamente grande ya no podrían vivir y morirían desesperados».³⁴

c) En otras ocasiones se exasperan los deseos, se desea todo, nos dejamos estimular por cada deseo, pero al mismo tiempo, se niega que exista el objeto de este deseo. Esta exasperación del deseo a veces se llama «dictadura del deseo»: como el hombre no puede dejar de desear, acaba por sucumbir a esta dictadura terrible, la que Heschel llamaba la «tiranía de las necesidades».³⁵ Esta es una de las expresiones más habituales entre nosotros ahora. «El mundo nuevo se anuncia así —escribe Ferrara en *Il foglio*—, con la dictadura del deseo, con su transformación en derecho, con la irrupción omnipotente de la técnica, que forja la cultura e impone su falsa conciencia o ideología y expresiones como terapia, autodeterminación de la mujer, derecho a un hijo sano, destrucción de la familia y del matrimonio triunfan sin antídotos, sin verdadera discusión, sin un examen racional. Quien quiere verificar el mundo nuevo, tratar de iluminar sus significados, compararlos con la realidad finita de la humanidad o con la infinitud de lo divino, en el caso de los creyentes, es considerado un oscurantista. La devoción moderna triunfa por todas partes sin el límite de la confrontación racional y tiende a hacerse doctrina, conformismo de masas».³⁶

Ese nihilismo del que hablaba Hannah Arendt es la otra cara del convencionalismo y de la dictadura del relativismo³⁷ del que hablaba el futuro Papa Benedicto, que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida sólo el propio yo y las propias apetencias. Clonación, reproducción asistida, matrimonio entre homosexuales, adopción de niños por parte de homosexuales... son ejemplos de la exasperación de estos deseos: «Se quiere hacer, por tanto, se puede hacer; se puede hacer, por tanto, se quiere hacer».³⁸

¿Y por qué no? ¿Por qué no seguir esto? ¿Por qué no dejarnos arrastrar a esto? Porque no nos interesa reducir nuestro yo. ¿Por qué no nos interesa? ¿Porque somos oscurantistas? Porque alguien que comprende que el corazón es exigencia de totalidad, entenderá inmediatamente, haciendo un examen racional, que esto nunca le satisfará. Nosotros no estamos en contra de esto por ningún tipo de ideología, sino porque no satisfará nunca el corazón, no corresponderá nunca con esta espera, con este deseo de totalidad. Vemos que mucha gente consigue realizar estos deseos y, sin embargo, triunfa el nihilismo más que antes.

Experimentamos la desilusión no sólo por la exasperación del deseo; también en el camino de la esperanza, de esta promesa, aparece la contra-

dicción del mal. Lo hemos visto muchas veces durante este año: el Tsunami como el símbolo de esta contradicción, el mal, el pecado, el dolor, la muerte. ¿Cómo podemos esperar ante esta contradicción? ¿Cómo podemos esperar si sucumbimos continuamente a este dinamismo de los deseos?

3. ¿Quién me enseña a ver lo que deseo?

¿Quién me enseña a ver lo que deseo? ¿Quién me hace encontrar una respuesta a todo esto? También nosotros podemos decir con Mauriac: «Siempre me he engañado sobre el objeto de mis deseos». ³⁹ Muchas veces la desilusión mina la esperanza. ¿Nos ha sucedido algo que nos permita esperar?

Un grupo de la Universidad Politécnica me escribe lo siguiente:

«Hace tiempo organizamos una cena con don Fabio y con todos aquellos que de diferente forma (profesores, doctorandos, investigadores) trabajan en la Universidad Politécnica. En total una treintena de personas. En esa cena surgió la pregunta por parte de algunos de cómo el hecho de ser tantos del movimiento en la Politécnica podía incidir en el trabajo y en la realidad en la que trabajamos.

Lo que nos ha impresionado es que de esta cena no surgió una preocupación organizativa, es decir, que por ser muchos había que organizar algo. Para muchos supuso tomarse en serio lo que el movimiento significa como acontecimiento interesante para su vida. Este movimiento personal de algunos ha generado durante estos meses una amistad que se está haciendo operativa.

Durante las siguientes semanas se pensaron y realizaron dos momentos públicos: primero, un encuentro electoral a favor de Formigoni y después, una cena en favor de AVSI. Estos dos actos han representado para nosotros un cambio en nuestra presencia en la Politécnica porque se ha hecho evidente que lo que une a algunas personas en ese lugar no es sólo el interés por el trabajo, sino por otra cosa, un cambio para nosotros mismos, porque hemos visto en la experiencia una forma más bella de estar en nuestro lugar de trabajo».

En la rutina cotidiana puede suceder algo que haga más bella nuestra presencia en el lugar de trabajo.

«Al contar estas cosas a don Fabio, nos dijo que era importante que frente a estas cosas tomásemos conciencia de lo que existe entre nosotros, que determina nuestra acción y nuestro estar juntos. Y precisamente ésta es la segunda cosa interesante que nos está pasando: no sólo suceden

cosas interesantes, sino que comienza a nacer la conciencia de aquello que nos une en lo que hacemos. El verdadero movimiento que está naciendo entre nosotros es el estupor de ver personas que se toman en serio la provocación del encuentro en la propia vida y que por esta razón –no genéricamente, no mecánicamente– les apasiona su propia vida y lo que hacen. Lo más fascinante es que nuestra amistad empieza a ser el reflejo de esta conciencia. Esta conciencia, por tanto, nos hace estar juntos porque Otro nos llama a estar juntos.

Lo primero que salta a la vista cuando vamos a trabajar todos los días es que existe un fermento en el sentido de que se ve a alguien que se mueve en las circunstancias con este deseo vivo. Esto no nace de un ímpetu organizativo sino de la decisión de no sustraerse a lo que está sucediendo entre nosotros, a nuestra amistad en el sentido profundo del término».

También en el trabajo se puede despertar este deseo vivo, no sucumbir a la rutina cotidiana, a la reducción del deseo que convierte el trabajo en una tumba. Si no hay algo de este tipo es inevitable que el deseo que tenemos antes o después decaiga y nos volvamos escépticos. Por eso la primera decisión es no sustraernos a lo que sucede.

«Esto permite que realicemos nuestro trabajo y todo lo que tenemos que hacer de una forma nueva. Una amiga nuestra escribe: “Estos acontecimientos y el reconocimiento real y efectivo de la unidad entre nosotros me ha serenado en el trabajo y ha cambiado concretamente mi forma de trabajar. Por ejemplo, la forma de tratar a los estudiantes es más decidida y más seria, les trato sabiendo que me han sido confiados y esto crea un intercambio que al trabajar juntos se convierte en una confrontación de vida de forma natural, sin que se haga por deber o forzando. Otro ejemplo es la perspectiva de hacer carrera, siempre vaga e incierta... bien, vaya como vaya tengo una tarea evidente. La amistad entre nosotros, contigo, acompañar a mi marido, la relación con los estudiantes y también con los colegas dan testimonio de esto. ¡Qué imposible serenidad!”».

Esta es la cuestión, amigos: algo que despierta el deseo y al mismo tiempo da esta imposible serenidad, que no consiste en apagar el deseo, sino en despertarlo de forma que hace que todo lo que hacemos esté vivo, que estemos en el trabajo de una manera verdadera, más intensa, más dramática, menos formal pero, el mismo tiempo, con esta «imposible serenidad».

¿Quién hace esto? ¿Quién hace esto? «Tomar conciencia de nuestro estar juntos se está convirtiendo en tomar conciencia del Otro (con

mayúsculas), del Otro que está presente en la unidad entre nosotros y en la pertenencia a esta unidad. Esto es lo más valioso para nosotros y para todos aquellos con los que nos encontramos, porque es un hecho excepcional. Lo que nos hace esperar es un hecho, lo que despierta continuamente la esperanza es un hecho excepcional con características diferentes a las demás experiencias que nos rodean: cambia la vida, la hace más plena, es la verdadera esperanza».⁴⁰

Esta es la verdadera esperanza, como un hecho excepcional. Encuentro, deseo, imposible serenidad. Esta es la esperanza. Un encuentro, un hecho en el presente que despierta el deseo, no como decís muchos de vosotros: «lo despierta para no cumplirlo». Lo despierta y, al mismo tiempo, da esta imposible serenidad.

La desproporción estructural, por tanto, no es una condena, no es una desgracia, sino que hace todo más intenso por este hecho excepcional y el deseo de totalidad permanece, pero transfigurado en esta imposible serenidad. Se produce una mayor intensidad al vivir, sentir, conmovirse, trabajar, relacionarse con los estudiantes, con todo, y todo queda transfigurado por su presencia.

El cumplimiento de la promesa, la verdadera esperanza está ahí, en esta experiencia, no sólo en la vida eterna, la vida eterna empieza aquí, en esta experiencia se revela Otro que hace nacer la pregunta: «¿quién es éste que despierta el deseo y hace posible esta imposible serenidad?». ¿Quién ha introducido esta novedad en la historia?

Leed el capítulo 4 de San Juan, el relato de la samaritana. «Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed; pero el que beba del agua que yo le dé, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le dé, se convertirá en él en fuente de agua que brota para la vida eterna».⁴² No se trata de quitar la sed como nosotros pensamos, sino de hacer surgir esta fuente de agua que brota para la vida eterna. Por eso, a quien le importa su sed sólo puede exclamar como la samaritana: «¡Señor, dame de esa agua!».⁴² ¡Que suceda esto, que yo pueda encontrar una presencia así que despierta la sed y llena y responde haciendo surgir esta fuente de agua!

También ella había sido confundida por su deseo (había tenido cinco maridos y el que tenía entonces no era el suyo), pero seguía con sed. Por eso aunque se realizaban sus deseos seguía teniendo sed. Pero encuentra alguien que no tiene miedo de sus errores y de su sed, que toma en serio su deseo y le revela lo que buscaba cuando se equivocaba, que detrás del placer, lo que buscaba –como decía Pavese– era el Infinito. Es Él. ¿En qué reconozco que es Él? Dice san Bernardo: «¿Me preguntas cómo puedo conocer su presencia? Él está vivo y actúa e inmediatamente, en

cuanto entró, despertó mi alma somnolienta; sacudió, dulcificó e hirió mi corazón porque estaba duro como una piedra y enfermo. Empezó a arrancar y a destruir, a construir y a plantar, a regar las zonas áridas y a iluminar los recovecos tenebrosos [...], de tal forma que mi alma se puso a bendecir al Señor».⁴³

Gracias porque existes, Cristo, porque de otra forma la vida sería opaca. Porque tú, Cristo, decía Guillermo de Saint Thierry, «eres el único capaz de enseñarme a ver lo que deseo».⁴⁴ Por eso sólo el cumplimiento de los deseos nos puede liberar de la dictadura de los deseos. Jesús libera el deseo cumpliéndolo, libera la libertad realizándola: menos mal que existes, Cristo, porque este deseo es de ti y mi alma se puso a bendecir al Señor.

¿Qué es la libertad? ¿Qué nos dice la experiencia de la libertad? Que para ser uno mismo hay que entregarse a Otro que nos hace libres. Para realizar el deseo tengo que aceptar a Otro, en el que la vida resplandece como hemos visto en don Gius y en Juan Pablo II. Esta esperanza es acoger a Otro en el cual la libertad y el deseo se realizan.

Cuanto más amamos a Jesús, nos dice el Papa Benedicto, cuanto más lo conocemos, más crece nuestra verdadera libertad, crece la alegría de haber sido redimidos. Gracias Jesús por tu amistad. Como él nos decía el domingo pasado: «Sólo cuando encontramos en Cristo al Dios vivo, conocemos lo que es la vida. No somos el producto casual y sin sentido de la evolución. Cada uno de nosotros es el fruto de un pensamiento de Dios. Cada uno de nosotros es querido, cada uno es amado, cada uno es necesario. Nada hay más hermoso que haber sido alcanzados, sorprendidos, por el Evangelio, por Cristo. (...) ¿Acaso no tenemos todos de algún modo miedo –si dejamos entrar a Cristo totalmente dentro de nosotros, si nos abrimos totalmente a él–, miedo de que él pueda quitarnos algo de nuestra vida? ¿Acaso no tenemos miedo de renunciar a algo grande, único, que hace la vida más bella? ¿No corremos el riesgo de encontrarnos luego en la angustia y vernos privados de la libertad?».⁴⁵ Y de nuevo el Papa nos decía, recordando a Juan Pablo II: «¡No!, quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana. Sólo con esta amistad experimentamos lo que es bello y lo que nos libera. No tengáis miedo de Cristo: Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno». Esta es la decisión: «Abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida».⁴⁶

Esta es la decisión, la respuesta al «sígueme» de ayer por la noche.
Nuestra libertad se juega en esta decisión.

Pidamos a la Virgen ser sencillos y amar nuestro verdadero bien.

SANTA MISA

HOMILÍA DE SU EXCELENCIA MONSEÑOR CARLO CAFFARRA
ARZOBISPO DE BOLONIA

«Aquella noche Pablo tuvo una visión, se le apareció un macedonio de pie que le rogaba: ven a Macedonia y ayúdanos».

Queridos hermanos, estas sencillas palabras narran uno de los mayores acontecimientos de la historia, en particular de la historia de nuestra Europa. Cuando san Pablo, obedeciendo a la visión que tuvo en sueños, se embarcó en Tróada con sus colaboradores hacia Macedonia «seguros de que Dios nos llamaba a predicarles el Evangelio», marcó el inicio de un mundo nuevo al introducir en la civilización el acontecimiento de la misión. La misión, es decir, el testimonio de algunos hombres de que existía una respuesta para la exigencia de significado que el hombre pide y desea. Una respuesta que sirve para cualquier hombre sin importar bajo qué cielo, condición o latitud se encuentre, sencillamente porque es la respuesta verdadera.

La verdad de la propuesta cristiana se manifiesta en la misma exigencia que tiene de expresarse y proponerse a cada hombre. Cuando esta dimensión se oscurece, o lo que es aún peor, se niega, el cristianismo se vuelve inevitablemente una opinión que se puede juzgar de manera subjetiva, o bien se concibe como una creación, una producción del hombre.

El apóstol era muy consciente de ello cuando escribía a los corintios: «Y si no resucitó Cristo, vacía es nuestra predicación, vacía también vuestra fe. Y somos convictos de falsos testigos de Dios porque hemos atestiguado contra Dios que resucitó a Cristo, a quien no resucitó, si es que los muertos no resucitan» (1Co 15, 14-15). Si la predicación cristiana no da testimonio de un hecho que realmente ha sucedido, induce a una creencia que sólo es expresión de los deseos y necesidades subjetivos del hombre, que afecta simplemente al ámbito subjetivo. El hombre permanece prisionero de sí mismo.

Pero, hay que reconocerlo, al hombre hoy no se le ayuda a salir de esta prisión. No lo hace cierta teología y catequesis con un procedimiento y un lenguaje muy sutil y hábil, pero que no pocas veces deja al que la escucha en la incertidumbre sobre el punto fundamental: si Jesucristo es o no una persona real, que está viva hoy entre nosotros, y si es posible encontrarlo.

¿Cómo puede un hombre toparse hoy con la realidad de la que da testimonio el misionero y salir así de la prisión de su subjetividad?

¿Dónde puede encontrarse con el Hecho que hace que nuestra predicación sea verdadera? Es en la Iglesia donde puede darse este encuentro y es a través de la Iglesia como el hombre puede toparse con la Realidad del Resucitado. Dice santo Tomás que la fe no termina en la fórmula sino que alcanza la misma Realidad en la que se cree. Queridos míos, o la esperanza se funda en la Presencia que la genera o es un puro sueño y utopía. Y cuando nos despertamos los sueños se desvanecen: la vanidad de la fe (vanidad en el sentido paulino) genera una esperanza vacua. Anestesia «el dolor de vivir», lo cual no es digno del hombre.

«Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí antes que a vosotros». El encuentro con la persona del Resucitado que vive en la Iglesia genera una compañía, una amistad con Él, una pertenencia a Él que nos hace vivir y nos transforma en Él. Sucede una verdadera y auténtica regeneración de nuestra humanidad. San Gregorio Magno habla de Cristo como de una *forma cui imprimimur*.

Hay una señal que delata que Cristo ha impreso en nosotros su forma. La página del Evangelio de hoy nos indica de forma conmovedora que la señal es el odio del mundo. La realidad de Cristo presente en el mundo, su comunidad, la realidad de la Iglesia como tal es objeto del odio del mundo.

¿Por qué esta oposición? La razón es la pertenencia del discípulo del Señor a un universo que no se puede comparar con el universo mundano; el que pertenece a uno no pertenece al otro: «Como no sois del mundo, sino que yo os he escogido sacándoos del mundo, por eso el mundo os odia». La elección de Cristo nos saca del mundo, nos hace de una naturaleza diferente de la mundana: por esto el mundo no nos reconoce como suyos y nos odia.

Queridos hermanos, hay que tomarse en serio este pasaje evangélico, no podemos esquivarlo. No hace mucho tiempo se discutió si en Europa se da una verdadera y auténtica persecución de la Iglesia. A la luz del evangelio de hoy la cuestión se clarifica: el odio a la Iglesia existe siempre y se da en todas partes. Preguntarse si existe el odio a la caridad, a la humildad y a la castidad, a la glorificación de Cristo, único salvador del mundo, es una cuestión inútil. Pero no es inútil preguntarse si este odio se da hacia cada uno de nosotros como personas que glorifican a Cristo, que viven su mandamiento: si esto no sucede es porque pertenecemos al mundo. No es necesario ser odiado, ya me odio yo solo; no es necesario que la presencia cristiana sea perseguida, porque ya se ha autoliquidado y disuelto. Somos siervos que han querido ser más -más listos, más sabios- que su amo. Pero, no lo dudéis, cuando el siervo no quiere ser más que su amo es odiado y perseguido.

Queridos, esta es la primera vez que os encontraréis viviendo vuestros Ejercicios espirituales desde la muerte de vuestro padre fundador, monseñor Giussani. Concluyo leyéndoos una reflexión suya que sintetiza, con la fuerza que solo posee el que ha recibido un carisma fundador, lo que he intentado humildemente deciros:

«"Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo" (Jn, 17,3) O esto es verdad o no lo es. Si no lo es, es la nada. La nada. Enfurécete cuanto quieras, hombre, podrás construir maniqués pero no podrás evitar la nada que está detrás de ellos.

Para esto fue enviado Cristo, para eso ha sido enviado cada cristiano, es una batalla entre la verdad y el mal, entre Dios y Satanás, entre Dios y el "Enemigo" (como si nuestro yo fuera creador y pudiera competir con el "Creador"); es más bien algo que podemos incluso albergar en nosotros mismos, inducidos por Satanás, y realmente sufrir sus consecuencias: es desafiar a Dios, odiar a Dios, ¿por qué mataron a Jesús?, por un odio a la verdad. "Esta edad soberbia, /que de vacías esperanzas se alimenta, / ansiosa de vaciedades y de virtud enemiga; / necia, que clama por lo útil / y no ve que por esto siempre se convierte / la vida en más inútil" decía Leopardi en *El pensamiento dominante*, que describe mucho mejor nuestro tiempo que el suyo»⁵³.

Vosotros estáis aquí para que vuestra vida no se alimente de «vacías esperanzas», no esté «ansiosa de vaciedades»; para que sea una vida verdadera, real. La consistencia de la vida se mide por la pertenencia a Cristo.

ANTES DE LA BENDICIÓN FINAL

Carrón. Agradecemos a su excelencia monseñor Caffarra, que sentimos como uno de los amigos más cercanos, sobre todo, su insistencia en la racionalidad de la fe y en el planteamiento de la educación como introducción en la realidad.

Monseñor Caffarra. Estoy muy agradecido a don Julián y a don Pino por invitarme a celebrar esta Eucaristía con vosotros. Expreso mi agradecimiento, ahora con uno de los dones más valiosos que un obispo puede dar a los discípulos del Señor, es decir, con la bendición, pero también os aseguro otra expresión de gratitud. Esta noche la Iglesia de Bolonia comenzará uno de los momentos más intensos de su peregrinación terrenal: recibirá la visita de la Virgen de san Lucas. Llegará hoy, bajando de su colina y se quedará en la catedral durante una semana.

Expreso mi agradecimiento hacia don Julián, don Pino y cada uno de vosotros prometiéndooos que esta noche, durante la vigilia de los jóvenes en la catedral, os llevaré a todos y a cada uno de vosotros a los pies de María. A muchos de vosotros no os conozco personalmente pero no importa porque os conoce la Virgen y eso basta.

Os llevaré a cada uno de vosotros esta noche a sus pies, a cada uno de vosotros con todo lo que en su corazón existe de bello, grande, verdadero y justo.

Sábado 30 de abril, tarde

■ SEGUNDA MEDITACIÓN

¿Cuál es la esperanza que no defrauda?

A la entrada y a la salida:

*Wolfgang Amadeus Mozart, Concierto en do menor para piano No. 20, K466,
I. Markevitch- C. Haskil, Orchestre des Concerts Lamoureux
“Spirto Gentil”, Phillips*

1. El florecimiento de la esperanza

Julián Carrón. *¿Cuál es la esperanza que no defrauda?*

Péguy describió magistralmente la dificultad de la esperanza. «La fe no me sorprende. / No me resulta sorprendente. / Resplandezco tanto en mi creación [Dice Dios]. / En el sol y en la luna y en las estrellas. / En todas mis criaturas [...] / Y en el hombre. / Criatura mía [...]. / En el hombre y en la mujer su compañera. / Y sobre todo en los niños. / Criaturas mías [...]. / Resplandezco tanto en mi creación. / Que en verdad para no verme tendría esta pobre gente que estar ciega. / La caridad, dice Dios, no me sorprende. / No me resulta sorprendente. / Esas pobres criaturas son tan desdichadas que a menos de tener un corazón de piedra, cómo no iban a tener caridad unas con otras. / Cómo no iban a tener caridad con sus hermanos. / Cómo no iban a quitarse el pan de la boca, el pan de cada día, para dárselo a desdichados niños que pasan. / Y ha tenido mi hijo tal caridad con ellos. / Mi hijo su hermano. / Una caridad tan grande. / Pero la esperanza, dice Dios, sí que me sorprende. / A mí mismo. / Sí que es sorprendente. / Que esos pobres hijos vean cómo van las cosas y crean que mañana irán mejor. / Que vean cómo van las cosas hoy y crean que irá mejor mañana por la mañana. / Sí que es sorprendente y seguro la más grande maravilla de nuestra gracia. / Y yo mismo me quedo sorprendido. / Y mi gracia tiene que ser en efecto de una fuerza increíble. / Y brotar de una fuente y como un río inagotable [...]. / La fe va por sí misma. / La fe marcha sola. / Para creer no hay sino que dejarse ir, no hay sino que mirar. / Para no creer habría que violentarse, torturarse, atormentarse, contrariarse. Oponerse. Darse la vuelta, ponerse al revés, nadar contra corriente. / La fe es muy natural, muy simple [...]. / Para no creer, hija mía, tendrían que taparse los ojos y los oídos. / Para no ver, para no creer.

/ La caridad marcha desgraciadamente sola. / La caridad camina por sí misma. / Para amar al prójimo no hay sino que dejarse ir, no hay sino que mirar tanta miseria. / Para no amar al prójimo habría que violentarse, torturarse, atormentarse, contrariarse. Oponerse. Hacerse daño [...]. / Para no amar a su prójimo, hija mía, tendrían que taparse los ojos y los oídos. / A tantos gritos de angustia. / Pero la esperanza no marcha sola. / La esperanza no camina por sí misma. / Para esperar, hija mía, hace falta haber obtenido, recibido una gran gracia»⁵⁴

Qué verdad es que la esperanza no marcha sola. Que uno reconozca que le ha pasado algo en la vida, como todos los que estamos aquí, no significa necesariamente que espere. Hay muchas personas, a veces algunos de nosotros, los defraudados por el movimiento y, en el fondo, por Cristo, que dicen: «Sí, es capaz de despertar el yo, de despertar una esperanza, de hacer una promesa, pero no es capaz de realizar la promesa despetada por el encuentro». No pueden negar que les ha sucedido algo, pero ya no esperan, se dan cuenta de que esperar es otra cosa.

Es verdad: para esperar es necesario haber recibido una gran gracia. ¿Pero qué gracia? ¿Cuál es la gran gracia, la mayor gracia que todos nosotros hemos recibido? El encuentro con Cristo en el encuentro con una presencia que ha hecho saltar nuestro corazón, el haber percibido que nos miraban con una ternura como nunca antes nos había sucedido, que nos abrazaban como jamás habíamos soñado, que nos perdonaban como nadie podía imaginar y esto da testimonio de que Cristo existe, de que la presencia de Cristo, nueva en la historia, existe. Si nosotros hemos entendido lo que ha entrado en nuestra vida con el encuentro, si no reducimos el encuentro a una de las muchas cosas que nos suceden, si hemos comprendido realmente lo que significa lo que hemos llamado «imposible correspondencia», sabremos lo que significa Él. Como hemos visto en la Escuela de comunidad lo que permanece entre nosotros no es sólo su obra, no es sólo su doctrina o su inspiración o su causa; esto no sería suficiente para despertar el corazón, para interesarnos durante mucho tiempo; lo que permanece es realmente Él: «Estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo».⁵⁵ Por eso, si después del encuentro decimos que no cumple la promesa es porque no hemos entendido la novedad que ha introducido y reducimos el encuentro al aspecto más superficial, a algo pasajero, pero no entendemos lo que es verdaderamente nuevo, esa gracia de la que habla Peguy.

Por eso el encuentro abre un camino que tenemos que recorrer que es mirar continuamente esta gracia que ha entrado en nuestra vida si queremos tener esperanza. La esperanza –nos dice don Giussani– nace como

una flor de la fe, de este reconocimiento. Cuando decimos que no tenemos esperanza, que estamos defraudados, la cuestión es la certeza de la fe por eso tenemos que insistir en esta certeza y seguir caminado para alcanzar una certeza cada vez mayor: todo el camino pedagógico de don Giussani tiene como finalidad la racionalidad de la fe. Una fe segura, madura –nos ha dicho el Papa–, y para llegar a esto es necesario recorrer el camino que hicieron los discípulos según dos indicaciones del método: convivir con esa Presencia y atender a los signos. Cuanto más recorremos el camino con la presencia de Cristo, más verificamos en la vida el céntuplo. Nos los recordaba también Benedicto XVI: el céntuplo, que es el comienzo del cumplimiento de la esperanza, del cumplimiento del deseo del corazón. Si como fruto de la fe no nace la esperanza es porque no hemos comprendido lo que ha sucedido, es porque no hemos alcanzado todavía esta certeza, no hemos verificado lo que ha entrado en nuestra vida y, por tanto, debemos sostenernos y ayudarnos a recorrer este camino, porque la gran gracia de la que nace la esperanza es la certeza de la fe.

Es muy sencillo, nada complicado. La certeza de la fe es la misma que un niño tiene en su madre, la certeza del reconocimiento de una presencia buena para el niño como para cada uno de nosotros adultos. Puede caerse el mundo entero y esta certeza permanece hasta el punto de que no podemos pensar en el futuro sin estar seguros del amor de nuestra madre; si alguien está seguro, si ha recorrido el camino normal de la vida con su madre, al pensar en el futuro, no puede imaginar que alguna vez su madre no le querrá. Pensadlo, es sencillo: una certeza como la de los niños. La esperanza nace como una flor, casi sin darnos cuenta, de la fe, es decir, de la certeza que el niño tiene, tanto es así que no puede pensar en el futuro, suceda lo que suceda, sin estar seguro de que su madre le querrá.

Como los discípulos –nos dice don Giussani en el bellissimo capítulo sobre la esperanza en *¿Se puede vivir así?*–, cuando se despertaban por la mañana debían sentir que pertenecían a ese hombre para poder apoyar en él su esperanza en el futuro: «¿A dónde iremos?». Esta certeza era lo que les hacía esperar, tener esperanza en el futuro. Se alegraban de que estuviera Jesús. En cambio los parientes de Jesús pensaban: «¡éste está loco!». No lo poseían, no estaban unidos a Él, no estaban ligados a Él, no tenían esta certeza, Cristo no estaba ligado a ellos, no era nada para ellos y, por tanto, sus parientes no podían apoyar ninguna perspectiva para el futuro en Él.

Por eso –nos recordaba don Giussani– la esperanza tiene un vínculo radical con la palabra «memoria», de forma que sin memoria no puede haber esperanza: la memoria entendida como el reconocimiento de una Presencia presente que sostiene nuestra esperanza.

2. La esperanza, certeza en el futuro gracias a una realidad presente

Una de las razones por las que muchas veces estamos desilusionados porque Cristo no cumple la promesa es la forma con la que nosotros imaginamos ese cumplimiento. «Si hemos tenido un encuentro -decimos- Cristo debe llenar el corazón». ¿Cómo concebimos esto? Igual que se llena un vaso de agua, que una vez que está lleno no se puede echar más agua y entonces uno ya no desea más. Es una concepción mecánica del cumplimiento del deseo y esta es, en el fondo, nuestra esperanza. No tener agujeros, no tener más deseos, no tener más dramas y como después del encuentro sigo deseando, esto quiere decir, en nuestra opinión, que Cristo no cumple la promesa, que no es la verdad, que nos ha tomado el pelo, porque no es capaz de llenar verdaderamente el corazón. En resumen, Cristo despierta la promesa, pero no la cumple. ¡Menos mal que no es así! Menos mal que las cosas no suceden como nos las imaginamos.

Escribe san Bernardo: «Yo creo que ni siquiera cuando se le encuentra, se cesa de buscarle». ¿Alguien se imagina que puede encontrar a la persona amada y no ir después, al día siguiente, a buscarla? «Yo creo que ni siquiera cuando se le encuentra, se cesa de buscarle. [...] Y cuando se ha tenido ya la dicha de hallarle, lejos de apaciguarse esos deseos, se acrecientan todavía más: que la gozosa posesión del objeto apetecido no extingue los deseos, sino que los acucia más y más. [...] El alma se ve colmada de alegría, más no por esto pone término a sus deseos».⁵⁶

«Sólo ese Bien [...] –escribe san Gregorio de Nisa– es verdaderamente dulce y deseable y amable; gozar de Él [precisamente porque lo he encontrado puedo gozar de Él] se convierte en un impulso para desearlo más».⁵⁷ Precisamente porque lo he encontrado lo deseo cada vez más; precisamente porque me realiza, lo deseo cada vez más. ¡Menos mal que no sucede lo que imaginamos!

Entonces que lo deseemos no es signo de que no hayamos encontrado la respuesta, sino precisamente de lo contrario: la hemos encontrado y por eso seguimos buscando. Porque los que no la han encontrado, no siguen buscando, se vuelven escépticos, ya no buscan nada. Pensad cuántas personas conocéis que no sean escépticas a los cuarenta años. Decía don Gius en *Acontecimiento de libertad*: «No es como quien tiene sed y bebe y después de beber ya no tiene sed, se marcha y abandona la fuente; más bien es como alguien que tiene sed y mete su cara en el agua de la fuente y bebe, y cuanto más bebe, más sed tiene; beber, por tanto, significa satisfacer continuamente una sed continua».⁵⁸ Satisfacer continuamente: menos mal que existes y puedes satisfacer continuamente este

deseo y por eso vale la pena levantarse por la mañana y seguir viendo, poder encontrarte de nuevo. Si no, ¿por qué valdría la pena levantarse por la mañana?

Este dinamismo de la fe se convierte en certeza sobre el futuro –dice don Gius– transformándose en deseo, en petición; es un encuentro que despierta las exigencias del corazón y éstas se ponen a desear porque se trata de un futuro cierto.

Lo describió san Pablo en *Filipenses* 3, 7-15 de una forma insuperable: «Pero lo que era para mí ganancia, lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo, y ser hallado en Él, no con la justicia mía, la que viene de la Ley, sino la que viene por la fe de Cristo, la justicia que viene de Dios, apoyada en la fe, y conocerle a Él, el poder de su resurrección y la comunión en sus padecimientos hasta hacerme semejante a Él en su muerte, tratando de llegar a la resurrección de entre los muertos. No que lo tenga ya conseguido o que sea perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús». Porque he sido conquistado por Él, corro para conquistarlo. Porque me gusta una persona, corro para conquistarla. Porque le he encontrado, corro, no me detengo.

«Yo, hermanos, no creo haberlo alcanzado todavía. Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta, para alcanzar el premio a que Dios me llama desde lo alto en Cristo Jesús».⁵⁹ Precisamente porque he sido conquistado por Cristo, porque ha sucedido esta imposible correspondencia, esta imposible serenidad, tiendo hacía Cristo: el encuentro enciende el deseo, agudiza el deseo, quiere más, ¡quiere más! Entonces comienza un camino sin tregua, un avanzar sin parar a partir de la certeza que tengo de Él.

¿Cómo se realiza todo esto? No siguiendo nuestros esquemas, sino abandonándonos a la Presencia encontrada.

Mi deseo se cumple sólo si me abandono a la Presencia que la fe ha reconocido. «Las exigencias del corazón –dice don Gius en *¿se puede vivir así?*– nos dicen que el objeto del corazón existe, y que existe en un futuro, porque el hombre está destinado a ser feliz, justo, verdadero. [...] Pero la certeza de que esto sucederá no puede apoyarse en nuestro corazón. La certeza de que esto sucederá sólo puede derivar de la Presencia que la fe reconoce [no somos nosotros, es Él], de la Presencia excepcional que la fe reconoce. [...] El dinamismo de la esperanza es un deseo que no resistiría el paso del tiempo, que se tropezaría siempre con la amargura

de la desilusión, si no se apoyara, si no sostuviera su razón de ser, en la fe, en la certeza del poder de la gran Presencia».⁶⁰

Por eso de la conciencia de que no somos nosotros, sino su presencia la que cumple el deseo, nace la petición a esta Presencia. Nuestra libertad se expresa como petición de cumplimiento a esta Presencia. «¿No son acaso los deseos –escribe san Bernardo– la voz del alma? Sí, esta es su voz y voz potente».⁶¹

Por eso –afirma san Agustín– «tu deseo es tu oración». El deseo que despierta esta Presencia, el deseo de que esta Presencia invada la vida, «tu deseo es tu oración; si el deseo es continuo, continua es la oración. Porque no en vano dijo el apóstol: *Orad sin interrupción*. ¿Acaso para cumplir esta orden nos arrodillamos, nos postramos o elevamos las manos sin interrupción? Si entendemos así la oración no creo que lo podamos hacer sin interrupción. Pero hay otra oración interior que no conoce interrupción y es el deseo [No podemos estar siempre de rodillas, pero siempre podemos desear]. Hagas lo que hagas, si deseas el sábado [el día de descanso], no dejas nunca de rezar. Si no quieres interrumpir la oración, no dejes nunca de desear. Tu continuo deseo será tu voz continua. [...] El celo de la caridad es el silencio del corazón, el ardor de la caridad es el grito del corazón».⁶² Por eso la oración, la petición es esa familiaridad contigo, Cristo, que permite atravesar el espesor de la tiniebla, como dice Isaac de Nínive: «Haznos dignos, mi Señor, de esa familiaridad contigo que permite atravesar el espesor de la tiniebla».⁶³

Este deseo dilata el corazón y lo prepara para recibir el don que el Señor nos quiere hacer a cada uno de nosotros. «El deseo –continúa san Agustín– es lo más íntimo del corazón. Cuanto más dilata el deseo nuestro corazón, más capaces somos de acoger a Dios. A encender este deseo contribuyen la Sagrada Escritura, la asamblea del pueblo, la celebración de los misterios, el santo bautismo, la alabanza a Dios, nuestra misma predicación [si no hacemos todas estas cosas ¿cómo se va a encender el deseo?, ¿viendo la televisión?]: todo está destinado a sembrar y a hacer germinar este deseo, pero también a hacer que crezca y se dilate cada vez más hasta hacernos capaces de acoger lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre jamás imaginó».⁶⁴

La forma del cumplimiento del deseo no es lo que imaginamos nosotros, reduciendo de nuevo nuestro deseo, como hemos dicho esta mañana. La forma del cumplimiento es Él, es su presencia. Si lo que tiene que prevalecer es la exigencia de felicidad de nuestro corazón, esto se realizará según la forma que el misterio de la gran Presencia establezca y esta forma –dice don Giussani– no es otra cosa que la gran Presencia misma. La

forma del cumplimiento del deseo no es la imagen que tú tienes del cumplimiento, sino que es ÉL, la forma es Cristo mismo y nuestro problema es comprender esto. Después de la lección de esta mañana una persona me ha escrito: «Espero un hijo, y la desproporción es tan fuerte a veces, que me corta la respiración, me sofoca, me quita la esperanza». ¡Como si el cumplimiento de su persona fuera esta modalidad! Y después podemos abrir todas las posibilidades: que uno no ha encontrado a la persona amada; que la ha encontrado y no le responde; que la ha encontrado y le responde pero faltan los hijos; cuando tienen hijos y estos se casan etc.

Estamos siempre detrás de algo diferente y por la dificultad que tenemos para reconocer –porque no lo hemos entendido– la naturaleza del deseo, seguimos deseando otras cosas. Poned en su lugar el trabajo, vuestro marido o vuestra mujer, los amigos, la Fraternidad, la casa del Grupo Adulto y encontraréis siempre lo mismo: siempre deseáis otra cosa.

La forma de la respuesta a este deseo es Cristo mismo, «su dulce presencia». Por eso dice de manera genial Hugo de San Víctor: Él «no viene a colmar el deseo [en el sentido que nosotros queremos], sino a atraer el afecto»⁶⁵ hacia Él. Todo depende de que nuestro afecto sea todo para Él, porque entonces las cosas empiezan a cuadrar. Esperar, por tanto, no significa esperar algo de Dios, sino esperar a Dios mismo. El único capaz de llenar ese deseo es Dios mismo porque nuestra naturaleza es deseo del Misterio, del Infinito; pero si ya hemos reducido el deseo desde el principio ¿cómo podemos entenderlo? Por eso no nos alegramos al despertarnos por la mañana y saber que Él existe y que esto basta y que la gracia es haberlo encontrado, haberlo encontrado a Él y que Él exista («yo estaré con vosotros todos los días»⁶⁶), y que a mí se me da de nuevo hoy la gracia de reconocerle.

Continúa san Agustín: «Sea tu esperanza el Señor tu Dios; no esperes cosa alguna del Señor tu Dios, sino que el mismo Señor sea tu esperanza. Muchos [...] esperan de Dios algo diferente de Él; pero tú busca al mismo Dios; [...] Olvidando lo demás, acuérdate de él; dejando todo atrás, corre hacia Él. [...] Él será tu amor»⁶⁷

Por tanto, la forma de la esperanza –nos dice don Giussani– es la petición continua: «¡Ven, Señor!», porque «Yo soy el Misterio que falta en cada cosa que tú gustas, porque lo que siempre te falta en cada cosa soy yo»⁶⁸ Aquel del cual ahora conocemos el rostro: es Cristo, «su dulce presencia», porque su presencia es la única que satisface.

«¿Cuál es entonces el objeto de nuestra esperanza –sigue diciendo san Agustín– por lo cual, una vez presente, entrando como realidad, cesaría la esperanza? ¿Cuál es? ¿Es la tierra? No. ¿Algo que deriva de la tierra,

como el oro, la plata, el árbol, la mies, el agua? Ninguna de estas cosas. ¿Algo que vuela en el espacio? El alma lo rechaza. ¿Es tal vez el cielo tan bello y adornado de astros luminosos? ¿De estas cosas visibles qué hay de hecho más deleitable, más bello? Tampoco es esto. Entonces, ¿qué es? Estas cosas nos gustan, son bellas, son buenas: busca a quien las ha hecho, Él es tu esperanza. [...] Dile: “Tú eres mi esperanza”». ⁶⁹

Por eso la esperanza es el cumplimiento del afecto, dice don Giussani en *Viviendo en la carne*. Sólo Él, sólo Él es capaz de satisfacer, de cumplir verdaderamente el afecto. ⁷⁰ Porque «la contemplación de tus bienes es ciertamente para nosotros un dulce consuelo –escribe Guillermo de Saint Thierry–, pero sin tu presencia, no nos sacia perfectamente [aunque lo tengamos todo]». ⁷¹ Por eso «todos los hombres –repite de nuevo san Agustín– arden de deseo; pero qué difícil es encontrar a alguien que diga: “Mi alma tiene sed de ti!”». ⁷² Sin embargo, es así porque «la vida del hombre –como confirma santo Tomás– consiste en el afecto que principalmente le sostiene y en el cual encuentra su verdadera satisfacción» ⁷³ La satisfacción está en el afecto a Cristo.

El reconocimiento de que Cristo es la consistencia de todo se llama ofrecimiento. El ofrecimiento es el reconocimiento de Cristo, de que Cristo es la consistencia de toda la vida, la consistencia de todo, es decir, el valor de la relación entre el hombre y cualquier realidad de la vida. Por eso el ofrecimiento es la consecuencia última de la fe, de este reconocimiento: «Tú, Cristo, eres el valor de todo», «Tu presencia vale más que la vida, tu gracia vale más que la vida».

El reconocimiento de Cristo en nosotros es obra del Espíritu Santo, como dice san Pablo: «Nadie puede decir “¡Jesús es Señor!” [es decir, un reconocimiento pleno y total de Cristo] sino con el Espíritu Santo». ⁷⁴ Por tanto «la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado». ⁷⁵ La única esperanza que no defrauda es la presencia poderosa de Cristo realizada sólo por el Espíritu. Por eso tenemos que pedir continuamente –como nos ha enseñado don Gius– *Veni Sancte Spiritus, veni per Mariam*, porque sin ti, ponemos nuestra esperanza en algo que antes o después nos defrauda. Tú eres la única esperanza que no defrauda, Cristo. Y nosotros, que somos unos pobrecillos, podemos afirmarlo sólo gracias al Espíritu Santo.

Todo esto sucede a través de las circunstancias de la vida, porque todas las circunstancias de la vida, buenas o malas, son la ocasión de hacer resplandecer lo que es Cristo, no son un obstáculo a nuestra esperanza, sino la ocasión de ver cómo Cristo vence en toda circunstancia. Por eso, atravesar todas las circunstancias, toda nuestra vida es la posibilidad

de que esta esperanza sea cada vez más segura, más sólida. Solamente –dice don Gius– puede ser «vencida» por nuestras imágenes, por las imágenes que tenemos de cómo –en el caso de que Dios fuera inteligente– debería responder a nuestras expectativas.

3. El lugar de la esperanza

«Existe un lugar –dice don Giussani en el libro menos leído de todos que es el de la Fraternidad de Comunión y Liberación–, un instrumento, en el que Cristo victorioso se puede reconocer, percibir, experimentar como compañía que da consistencia a la vida, presencia que es raíz continua, fuente inagotable –dijo a la samaritana– de la esperanza: la comunión cristiana».⁷⁶ El lugar de nuestra esperanza es la comunión cristiana, que es la Iglesia.

«La comunión cristiana –escribe Möhler– es un milagro continuo del Espíritu divino, una demostración continua de su presencia y de su obra directa; es más, es la demostración más conmovedora para quien es sensible a lo que es verdaderamente grande y elevado».⁷⁷ Si nosotros fuéramos sensibles, veríamos que es tan milagrosa que sólo puede ser obra del Espíritu Santo.

La modalidad concreta, dentro de la Iglesia, de esta comunión a través de la cual nos ha alcanzado Cristo es el carisma de don Giussani. Y ahora, después de su desaparición, podemos preguntarnos: ¿dónde está la esperanza?

El año pasado, casi como preparación a los acontecimientos que estaban por venir, leímos un pasaje suyo, donde nos animaba a atravesar la fascinación del inicio: «Lo normal es que el Señor nos atraiga a través de una sugerente trama, de un encuentro fascinante, de una hermosa relación llena de promesa. Pero igual que para los apóstoles quedó destruido por su pasión y su muerte este aspecto sugerente de su relación con Cristo, este atractivo debe ser destruido porque si permaneciera según la lógica del inicio, no se trataría de Dios, no sería el acontecimiento de Cristo que nos cambia, sino sólo una lógica mundana».⁷⁸ Es como si nos estuviera preparando.

«Os conviene que yo me vaya», dijo Jesús a sus discípulos justo antes de irse. «Pero ahora me voy a Aquel que me ha enviado, y ninguno de vosotros me pregunta: "¿Dónde vas?"», sino por haberos dicho esto vuestros corazones se han llenado de tristeza. Pero yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy os lo enviaré. [...] Cuando venga él, el Espíritu

de la verdad, os guiará hasta la verdad completa, pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir».⁷⁹ ¿Por qué les convenía a los discípulos que Jesús se fuera? Porque vendría el Espíritu Santo y haría que Jesús fuese más de los discípulos, más suyo; Jesús no se quedaría fuera, sino que cada vez sería más de ellos, más de los discípulos y «cuando venga el Espíritu os guiará hasta la verdad plena». Sólo a través de la presencia interior del Espíritu los discípulos llegarán a comprender plenamente a Jesús.

En un Retiro de Novicios del año 97 don Giussani comentaba la frase de San Juan «Os conviene que yo me vaya», de la siguiente manera: «Cuando cambia carnal, visible, sensiblemente un amigo con el que hemos recorrido una parte del camino, es más, alguien que ha acogido nuestro cansancio después de la confianza de nuestro inicio [...] a uno le viene el pensamiento: “ahora tendremos menos ayuda, estaremos menos seguros”. Nos da miedo que desaparezca la forma contingente que Cristo ha usado para entrar en nuestra vida. Si desaparece la persona [–decía don Gius–, es decir, él mismo] mediante la cual nos hemos entregado, que nos ha acompañado, nos entra miedo [...] –y lo decía siguiendo a Jesús, como vemos en el Evangelio– Es mejor que esto suceda. Cuando perdemos el apego a la modalidad con la que la verdad se comunica, [...] somos libres frente a la modalidad con la que se han dicho la cosas y entonces la verdad de eso comienza a emerger claramente».⁸⁰

Toda nuestra esperanza, por tanto, está en que permanezca el carisma, pero sólo puede permanecer de una forma diferente –como dice él–. Como Jesús: Jesús permanece, permanece entre nosotros como permaneció entre los discípulos después de su muerte, de una manera diferente. La forma con la que puede permanecer vivo para nosotros su carisma es semejante a la forma con la que hemos estudiado en la Escuela de comunidad que permanece Cristo: una continuidad diferente, una continuidad misteriosa. Está siempre acechando entre nosotros la tentación de separar a Cristo de la Iglesia. Por eso lo primero que tenemos que pedir es no sucumbir a esta tentación, porque la tentación protestante existe siempre: una exaltación tan grande de Cristo que se evita cualquier «contaminación», y de esta manera perdemos a Cristo y Cristo se convierte para nosotros primero, en una inspiración y después, en un conjunto de reglas, una ética para después quedar en nada. Y con don Giussani puede pasar lo mismo: podemos exaltar a don Giussani, que al principio permanece entre nosotros como una inspiración de nuestros pensamientos para después convertirse en un conjunto de reglas con las cuales más o menos nos ayudamos a caminar y después, poco a poco, se convierte en nada.

Por eso él mismo nos ha dicho cómo permanece. En un texto que debemos volver a leer todos (fue publicado en el último número de Huellas), «El sacrificio más grande es dar la vida por la obra de Otro» –don Giussani parece haberlo escrito para este momento histórico en el que nos encontramos–, nos ha dejado dicho cómo permanece el carisma que le fue dado a El: «Yo puedo desaparecer –dice don Giussani–, pero los textos que dejo y la continuidad ininterrumpida, si Dios quiere, de las personas indicadas como punto de referencia, como interpretación verdadera de lo que ha sucedido en mí quedan como instrumento para corregir y suscitar de nuevo; se convierten en el instrumento de la moralidad. Las personas indicadas como punto de referencia son lo más vivo del presente, porque un texto puede ser interpretado; es difícil interpretarlo mal, pero es posible; *Dar la vida por la obra de Otro* implica siempre un nexo entre la palabra “Otro” y algo histórico, concreto, tangible, sensible, que puede describirse y fotografiarse, con nombre y apellidos. Sin esto se impone nuestro orgullo, este “sí” efímero, pero efímero en el peor sentido del término. Un carisma sin historicidad no es un carisma católico».⁸¹

Por tanto, don Giussani mismo nos dijo cómo puede permanecer entre nosotros el carisma: a través de los textos con los que podemos ensimismarnos con la propuesta de método y con el contenido que nos ofrecen y a través de las personas indicadas como punto de referencia porque nuestra compañía siempre ha sido concebida como una compañía guiada.

Y este es el sentido de lo que sucedió el 19 de marzo, fiesta de San José: obedeciendo a la preferencia expresada por don Giussani, la Diaconía Central de la Fraternidad me eligió Presidente de la misma.

Independientemente de quién desarrolla esta tarea dentro de una guía comunal (ahora soy yo, mañana puede ser otro), el punto de referencia está al servicio de esta esperanza, de este afecto a Cristo sin el cual no existe esperanza posible para nosotros. Por eso, la compañía guiada al destino –dice el mismo don Gius en el texto citado– se convierte para cada uno de nosotros en instrumento de la moralidad, es decir, en la presencia ante la cual se juega nuestra libertad.

Como hemos aprendido en la Escuela de comunidad, el problema de los hombres es el de resistirse a su lógica. Por eso, más conscientes que nunca de nuestra fragilidad, sostengámonos mutuamente en la petición a la Virgen para no resistirnos a esta lógica. Porque «Ha llegado el momento –decía don Giussani en 1991– en el que el afecto entre nosotros cobra una importancia mayor que la lucidez dogmática, la intensidad de un pensamiento teológico o la energía necesaria para guiar. El afecto que es necesario que nos tengamos mutuamente tiene una sola finalidad: la ora-

ción, el amor a Cristo. Ha llegado el momento en el que el movimiento camina exclusivamente gracias al amor que cada uno de nosotros tenemos a Cristo y que cada uno le suplica al Espíritu que le conceda». ⁸²

El movimiento sigue existiendo gracias al amor de cada uno de nosotros a Cristo. Para ayudarnos en esto existe nuestra Fraternidad.

Uno de vosotros me ha escrito una carta haciéndome una pregunta sobre la Fraternidad:

«Todo comenzó hace más o menos un año cuando mi marido tuvo graves problemas en el trabajo. Esto provocó una miríada de preguntas sobre la realidad. Una noche mientras charlábamos le pregunté quienes eran sus amigos. Él me respondió que fulano y mengano. Yo insistiendo le pregunté: “pero, ¿con qué amigos compartes tu vida?” De esta pregunta que aparentemente no tenía respuesta surgió una gran reflexión sobre la Fraternidad, una reflexión muy seria porque nos dimos cuenta de que nuestro Grupo de Fraternidad era algo alejado de nuestra vida, de los problemas de todos los días. Una serie de circunstancias (la muerte de mi suegra, nuestro hijo que se casaba, otro que acababa la universidad y se marchaba al extranjero) nos hicieron plantearnos preguntas del tipo: cuál era nuestra casa, dónde se construía nuestra persona, dónde encontramos consuelo y apoyo. El trabajo de nuestro grupo es el mismo que el de la Escuela de comunidad con el agravante de que nos vemos muy poco o porque el prior no puede quedar o porque el sacerdote que nos sigue no está disponible y por eso no nos vemos durante semanas. Además tenemos siempre la impresión de que nuestra amistad no es lo que nos constituye y nos ayuda respecto a nuestra forma de vivir, de trabajar, de relacionarnos con nuestros hijos o nietos. Es más, estos (hijos, nietos) parecen ser lo más importante y sus necesidades son como un obstáculo para nuestra relación. La pregunta es inevitable, ¿para qué sirve el grupo de Fraternidad? Es verdad que por nuestra parte existe también una desilusión sutil, aunque inevitable, como una falta de energía para volver a comenzar con esas personas. Mientras tanto, empujados por la necesidad, hemos estrechado nuestra amistad con otras personas con las que quedamos a cenar con una cierta periodicidad para discutir y charlar de todo. No sé cómo se le puede llamar a esto pero nos ayuda». ⁸³

Este es un ejemplo que nos ayuda a entender o nos da la posibilidad de explicar lo que es la Fraternidad.

La Fraternidad, el grupo de Fraternidad... la Fraternidad entera es un ayuda para vivir –nos dice don Giussani en el libro menos leído– «es una ayuda para vivir nuestra conversión a Cristo, porque la esencia de la

experiencia del movimiento es que la fe es todo, que el reconocimiento de Cristo es todo en la vida. [...] Adherirse a la fraternidad, por tanto, no es adherirse a otra cosa, sino tomar conciencia de la propia participación y responsabilidad en la experiencia del movimiento. Inscribirse a la Fraternidad es como decir: “Yo soy del movimiento, yo vivo, quiero vivir la experiencia del movimiento”. Como tal, por sí misma, la Fraternidad no añade nada, excepto esa amistad y esa trama de relaciones (quiero subrayar esta expresión que me gusta tanto) que nos sostiene». ⁸⁴

La Fraternidad, el grupo de Fraternidad es una *trama de relaciones*, no una segunda Escuela de comunidad. Puede ser que alguien se reúna con un grupo y después cuando le preguntas: «¿con quién compartes tu vida?», no tenga respuesta. El Grupo de Fraternidad no es una reunión más: es esta trama de relaciones que sostiene la vida. Si no es esto, no sirve para nada porque no tenemos necesidad de una reunión más, tenemos necesidad de una trama de relaciones que nos acompañe en la vida, que nos sostenga en la vida con la cual compartir la vida, con la cual compartir las necesidades.

Esta trama de relaciones no está para ahorrarme el drama de mi relación con el Misterio (no quiero que nadie me ahorre el drama de decir «Tú» a Cristo cada mañana, quiero decirlo yo), sino para despertar continuamente este drama. Porque sin un lugar así, sin una trama de relaciones así, el Misterio permanece extraño y vence la mentalidad moderna donde el Misterio es extraño y toda esperanza defrauda.

Tenemos necesidad de un lugar así, porque de otra forma nuestra compañía se convierte en una utopía, es decir, muchas veces la imagen que tenemos de la compañía es la de un lugar que de forma mecánica nos ahorre el drama de vivir, en vez de despertarlo continuamente.

Tenemos necesidad –como hemos oído esta mañana decir a los amigos de la Politécnica– de un lugar, de una trama de relaciones que despierte continuamente nuestro deseo, que nos ponga en movimiento porque el encuentro con Cristo se manifiesta precisamente en el despertar del deseo que, al mismo tiempo, nos concede una imposible serenidad. Si no, esperamos todo del mecanicismo de la compañía contra el cual don Giussani nos invita a luchar. De esta forma la compañía se convierte en algo esclavizante.

Acabo leyendo –para ver que es horrible– un texto de Grossman, que describe verdaderamente cómo una compañía así puede ser nuestra tumba: «Es dulce ser inflexible. Al juzgar, afirmaba su fuerza interior, su ideal, su pureza. En ello estaba su consuelo y su fe. No había tratado ni una sola vez de evitar las movilizaciones del partido. Había renunciado

voluntariamente al salario mejorado de los cuadros del partido. Al renunciar, se afirmaba».⁸⁵

Podemos participar en todo y que la afirmación última de nosotros mismos consista en sacrificar nuestro corazón en nombre de la compañía. Hay una manera de estar en casa, de pertenecer al partido, en la que la afirmación de uno mismo, la última afirmación del yo como medida sea echar al yo, eliminar el corazón. Si una compañía es así va contra la persona, contra nuestra conveniencia, contra el hombre.

«Llevaba siempre –continúa Grossman– la misma guerrera y las mismas botas, tanto si era para ir al trabajo, como para participar en una conferencia en el Ministerio, o pasearse por la orilla del mar en Yalta, cuando el partido le envió allí a cuidarse. Quería parecerse a Stalin. Al perder el derecho de juzgar, se perdía a sí mismo. Y Rubin lo presentía. Casi a diario, hacía alusiones a la debilidad, al miedo, a los deseos patéticos que se traslucen poco a poco en una mente de detenido».⁸⁶

María, «tú eres la seguridad de nuestra esperanza». No estamos condenados a lo que acabamos de oír porque la Virgen ha alcanzado esa plenitud, uno de nosotros ha alcanzado la plenitud de la vida a la cual todos estamos llamados. Que uno de nosotros la haya alcanzado significa que es para todos. Por eso ella es la seguridad de nuestra esperanza: es para todos, para cada uno de nosotros, para ti y para mí.

Domingo 1 de mayo, mañana

■ ASAMBLEA

A la entrada y a la salida:

Sergei Rachmaninov, Divina Liturgia de San Juan Crisóstomo, op. 31,

V. Polanski - The Russian State Symphony Cappella

“Spirto Gentil” (Universal)

Don Pino. Al principio de un nuevo día, cualquiera que sean las circunstancias que nos toca vivir, el dato imponente es el paso que damos hacia nuestro destino de felicidad total. «¡Oh Virgen, tú eres la seguridad de nuestra esperanza!». ¿Por qué? Porque tú nos haces más familiar ahora la dulce presencia de Cristo, el Destino que nos sale al encuentro, nos abraza y nos acompaña durante el camino fascinante de la vida, paso tras paso.

Ángelus

Laudes

Julián Carrón. Habéis encontrado en la silla una imagen de don Giussani con una frase de san Gregorio Nacianceno que él nos ha enseñado a estimar: «Si no fuera tuyo, Cristo mío, me sentiría criatura finita»⁸⁷. Esta frase es apropiada, sobre todo, porque resume bien lo que hemos tratado de decir en estos Ejercicios; porque si no somos de Cristo («si no fuera tuyo») acabaríamos encerrados en nuestro límite y, por tanto, sin respiración, sofocados por la circunstancia como en una tumba. Pero Cristo es siempre para nosotros el punto de fuga: gracias porque existes, porque, si no, siempre estaría encerrado en mi límite. Por eso encontrarla de vez en cuando en un libro o en el Libro de las Horas nos ayuda y nos recuerda esto, pues somos frágiles.

El cardenal Scola nos ha enviado el siguiente mensaje:

Queridísimos, como afirma Péguy, poeta tan querido por nosotros, para esperar es necesario ser felices y para ser felices hace falta haber recibido un gran don. Los dos meses transcurridos nos revelan cuál ha sido el don de Dios para nosotros. La partida de don Giussani primero y la de Juan Pablo II después, y por fin, la elección de Benedicto XVI. El don de Dios pasa a través de nuestra condición de hombres hechos de alma y cuerpo. Por tanto, nuestra vida es siempre una mezcla de dolor y

de alegría. Las santas muertes en las que hemos participado han expresado un dolor ya marcado por la gloria. Benedicto XVI, hablándonos de «guillotina» nos ha dado testimonio de la necesidad de la «herida de la aceptación». Para ser verdadera, la alegría exige contrición y cambio.

Nuestra esperanza no quedará defraudada si nos hacemos responsables, personal y comunitariamente, de estos grandes dones: humildes testigos del carisma enamorado de Jesucristo del que –gracias a don Giussani– participamos para el bien de la Iglesia y en favor de cada hermano hombre.

Os saludo y os bendigo en el Señor.

Giancarlo Cesana. Hemos recogido y agrupado las preguntas por temas. El primer grupo, al que pertenecen la mayoría de las preguntas planteadas, dice así: «¿Qué sentido tienen los deseos parciales?». Se ha percibido mucho una oposición entre los deseos parciales, los pequeños deseos y el deseo-deseo de totalidad. «Don Giussani nos ha enseñado siempre a no descuidar nada de lo humano y siempre hemos considerado estos deseos como signos, como introducción al Misterio; en cambio hoy se nos ha dicho que nos arriesgamos a convertirnos en víctimas de la dictadura de los deseos. ¿Por qué? ¿Cómo se sitúan correctamente estos deseos parciales respecto al deseo que constituye nuestra persona?». «En la vida cotidiana nosotros soñamos y hacemos proyectos: ¿se nos pide renunciar a esto? ¿Cómo nos puede ayudar la compañía cristiana a abrir al Misterio los deseos particulares?». «¿Qué implica en el trabajo educativo que los deseos son siempre parciales?».

Carrón. Como decía Pavese, lo que el hombre busca en los placeres es el infinito y nadie renunciaría nunca a la esperanza de conseguir este infinito. Esta frase de Pavese nos ayuda a comprender lo que hemos tratado de decir.

Lo que buscamos en los placeres, en las cosas concretas, es el infinito, el deseo es siempre de infinito, es siempre deseo de totalidad, pero este infinito nos llama siempre a través de las cosas concretas; las cosas concretas no son deseos, son cosas concretas que nos despiertan el deseo de totalidad: por eso las cosas son signo, pero el deseo es siempre de totalidad.

A menudo reducimos el deseo a una imagen, a un sueño; pero eso no es lo que nosotros deseamos verdaderamente y se pone de manifiesto en que muchas veces conseguimos lo que deseamos y, sin embargo, seguimos deseando, ¿por qué? Porque la imagen que tenemos de lo que llena este deseo de totalidad no responde al deseo, ya que el deseo es siempre de totalidad.

Lo que buscamos en los placeres es siempre algo infinito. Nos interesa comprender esto porque, si no, nos enfadamos con todos los placeres, con todas las cosas bellas de la vida que existen para despertar este deseo, y menos mal que existes, Cristo, porque sin Cristo sería criatura finita y estaría siempre desilusionado. Por eso, todo lo que encontramos, todo lo que nos gusta, nos abre, nos despierta siempre a este deseo de totalidad y debemos darnos cuenta porque el infinito nos sale al encuentro sólo a través de las criaturas, de las cosas concretas, pero éstas nos reclaman siempre al Misterio, al infinito. Todo es signo de Él.

Por eso, como muchas veces nos quedamos en eso, identificamos el deseo con la imagen de cumplimiento que tenemos en la cabeza. ¿En qué consiste el trabajo educativo, cómo nos podemos ayudar? En abrir siempre al Misterio, es decir, en respetar la naturaleza de la realidad como signo.

Lo que nos ha fascinado de don Giussani es que hablando de las cosas concretas siempre nos abría al Misterio, nos abría el corazón, nos marchábamos diferentes. Nos ayudamos si continuamente –cuando hablamos entre nosotros, cuando tomamos un café juntos, cuando nos contamos nuestras preocupaciones– nos abrimos a esto. Si no, nos ahogamos en el límite porque lo que buscamos siempre es el Infinito; o comprendemos este dinamismo o chocaremos contra un muro. Por eso don Gius nos hablaba siempre del punto de fuga; sin el punto de fuga, sin que todo nos abra al Misterio, la vida se convierte en una tumba; y nos dijo: escribimos *El sentido religioso* precisamente para educarnos en el Misterio, para educarnos en esta forma de concebir la persona como apertura total al Misterio. Lo escribimos, decía, porque lo que deseábamos era esto. La ideología, de hecho (en esto somos modernos), consiste en que nos encerramos en el límite y el Misterio nos es ajeno.

La dimensión cultural de Giussani es ésta: responder al verdadero desafío de la modernidad que ha separado el Misterio del yo. En san Agustín el Misterio forma parte del yo: nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti. En san Agustín el Misterio forma parte de la concepción del yo, pero para nosotros ya no es así. Por eso es necesario un trabajo educativo. Si no hacemos este trabajo, encallamos y la vida se convierte en algo cada vez más difícil de vivir, de soportar. Este es el desafío que tenemos ante nosotros.

Cesana. Voy a poner un ejemplo de lo que ha dicho Carrón. Perdonadme si parece banal, pero me consuela el hecho de que una noche estaba cenando con don Giussani, él comía patatas y me dijo: «Ves, cuando hablo de Dios es como cuando hablo de estas patatas». Por tanto, partamos de un deseo

pequeño que nos caracteriza a algunos: «Quiero adelgazar» y es un pequeño deseo que, de por sí, podría no ser un deseo, podría ser un programa: «Quiero adelgazar: no como más y adelgazo». Empieza a ser un deseo cuando no lo consigo. Porque todo el problema está ahí, es decir, el deseo es tal porque su realización no depende de ti; si no, no es un deseo: es un proyecto, un programa, una iniciativa, una acción de la voluntad o una acción de poder, pero no es un deseo.

Por otra parte tú dices: «Quiero adelgazar», pero no quieres adelgazar simplemente por adelgazar, quieres adelgazar para estar mejor, para estar más guapo, para estar en forma, para vivir más, por la totalidad, no por algo parcial; tanto es así que cuando consigues adelgazar no se acaban todos tus problemas, es más, a veces adelgazar puede ser el resultado de un problema: de un cáncer. Y tú no dices: «Quiero tener un cáncer para adelgazar». ¿Está claro? Tampoco resuelves el problema cuando caes en sus brazos o cuando ella cae en tus brazos porque después aparecen muchos otros problemas, aparece otra mujer, los hijos, etc.

Por tanto, en cada deseo particular existe la tensión a la totalidad. Si quieres ir a la cima de una montaña no puedes escoger todos los caminos que te gustan, porque llegas arriba de noche y no ves nada. Por eso, todo lo que se te da en la vida, cada deseo particular, se te da para comprender el sentido por el que vives. Si te enamoras de otra mujer es para amar más a tu mujer, no debes censurar nada de lo que te sucede, pero sobre todo no debes olvidar el sentido por el que existes. Si quieres adelgazar no puedes hacer lo que quieras, es decir, adelgazar comiendo, sino que debes adelgazar haciendo lo que te dice otro; porque, como justamente ha dicho Carrón, «la dictadura del deseo» se produce cuando pensamos que nuestros deseos se cumplen según la imagen que nosotros tenemos. El verdadero deseo, en cambio, lo realiza otro.

El verdadero drama que no comprendemos al hacernos adultos es que para cambiar hace falta ponerse en manos de otro. Si te pones en evidencia por haber dicho una mentira, la siguiente vez no la dices. Tienes que arriesgarte, ponerte en las manos de otro. Para eso existe la compañía, para que tú te pongas en sus manos. Esto te cambia. Debes seguir a otro necesariamente y este es el principio del Misterio. Cuando hablamos del Misterio, hablamos de algo que vemos y que no poseemos, es decir, hablamos de Otro que nos cambia. Y aquí empieza todo el problema de la vida, pero lo veremos después, porque ponerse en manos de otro, o es esclavitud o es la salvación. Pero para que sea la salvación, las manos de ese otro deben extenderse hacia mí mientras él mismo depende de Otro. El Misterio es que nuestra vida está vinculada a Otro. Este es el problema.

Segundo problema: el de la ausencia: «Es verdad que yo no determino la modalidad con la que se cumple la esperanza, pero frente a la experiencia de la desilusión ¿cuáles son los signos en el presente que mantienen despierta la esperanza?». «En una experiencia de insatisfacción, en la que falta el Misterio en lo que gustas, ¿qué significa que la ausencia es un recurso y no un obstáculo?». «¿Tener continuamente hambre de Cristo quiere decir que nunca seremos felices?». «Se ha dicho que igual que sucedió con Jesús, también la muerte de don Giussani juega a nuestro favor. Me resulta evidente su presencia entre nosotros pero mucho menos claro cuál es la ventaja de su muerte».

Carrón. Partamos de la desilusión. Muchas veces, cuando tenemos una desilusión, esta nos cierra, nos paraliza: estamos desilusionados, punto final. Pero ni siquiera entonces nos detenemos del todo porque no podemos dejar de preguntarnos: «¿por qué? Pero ¿por qué? ¿Por qué la vida es esto?». Encerrarnos en la desilusión significa renunciar a esta energía que existe en nosotros, que nos impulsa a preguntarnos el porqué. Muchas veces ante una desilusión decidimos pararnos. Pero para detenernos es necesario que tomemos la firme decisión de hacerlo, porque todo nos impulsa por dentro a seguir. También cuando te duelen las muelas, que es un mal, el dolor te impulsa a ir al dentista. No es verdad que sólo la belleza te impulsa: también el dolor de muelas te impulsa, también la desilusión te empuja a ir más allá, porque la desilusión no corresponde con lo que deseas. Cuando nos sucede algo negativo tenemos que dejar de decir: «No, ya basta». También lo negativo, también el dolor nos despierta la pregunta, y ¡cómo!, porque para seguir viviendo tenemos necesidad de responder a ese drama. Por eso la desilusión es el punto de partida. Estamos desilusionados: partamos de ahí y empecemos a preguntarnos.

¿Cuáles son los signos que en esta situación mantienen la esperanza? Ni siquiera en la desilusión puedes detener a Cristo. Tú no puedes impedir que otro entre en tu vida, que algo te impresione, que la belleza de la realidad te afecte, etc. La Samaritana había tenido cinco maridos, estaba desilusionada, pero no pudo evitar encontrarse con alguien que le despertó todo.

¿Cuál es el primer signo de que en esa situación de desilusión Cristo no se detiene y sigue interviniendo en nuestra vida? ¿En qué sentido entiendo que existe un signo presente? El signo me despierta y yo, incluso en la peor situación, no puedo evitar que suceda esto y me despierta de nuevo. Como vemos en el Evangelio: la viuda de Nain, que va a enterrar a su hijo y se encuentra a alguien que le dice: «¡No llores!», y todo empieza de nuevo.

¿Cuál es el signo que nos hace mantener la esperanza? Esto sigue sucediendo de las formas más variadas, porque quiere decir que Cristo continúa, permanece presente en la historia a través de un signo. Por eso la ausencia es un recurso en el sentido de que una vez que yo he encontrado a Cristo, su ausencia me lleva a hacer memoria de Él.

Siempre pongo el ejemplo de la nostalgia. La nostalgia es signo de que te falta la persona amada. ¿La nostalgia es o no es un bien? Cuando queréis a vuestro marido o a vuestra mujer o a vuestros hijos, el hecho de sentir nostalgia ¿lo percibís como un bien, como un recurso o como una desgracia? ¿El día que no sintáis su ausencia empezad a preocuparos!

Para alguien que ha encontrado a Cristo, la nostalgia, la ausencia de Cristo es un recurso. Todos los que estamos aquí hemos encontrado a Cristo y el hecho de que me falte Cristo es un recurso porque, si no, me olvidaría todo el día y me alegro de echarle de menos. Empiezo a preocuparme cuando pasa toda la jornada sin notar su ausencia, porque esto quiere decir que Cristo no es nada para mí, que Cristo ha desaparecido de mi vida, de lo cotidiano, de las cosas concretas, que no me he acordado de él ni siquiera una vez, que no le he echado de menos ni siquiera una vez. Este es el drama.

La ausencia, para alguien que ha encontrado a Cristo, es un recurso, no una dificultad. Y esto es lo que le permite a Cristo –cuando me falta y yo me dirijo de nuevo a Él– responder.

«¿Entonces tener siempre hambre de Cristo quiere decir que no seremos nunca felices?». No, todo lo contrario: precisamente porque tengo hambre, precisamente porque tengo nostalgia, puedo encontrarlo continuamente y sentir siempre como nueva su presencia. El día que no le echo de menos, sucede igual que el día que no echo de menos a mi marido o a mi mujer al volver a casa: está ahí como un mueble, no nos damos ni cuenta de que está allí, no nos percatamos de su presencia, peor que un perro. ¿Esto es lo que deseamos en la vida? Decidme si es verdad que es lo que deseáis.

Yo puedo acusar «el impacto» de su presencia para que sea siempre nueva: por eso me rebelo cada vez más contra los que quieren ahorrarme el drama. Yo quiero estar con todo mi ser con vosotros ahora y quiero decir «Tú» a Cristo con toda mi persona, igual que todo el mundo quiere que alguien le diga «Te quiero» con todo su ser, que no sea un formalismo. Nosotros queremos esto y esto no significa no ser felices, significa precisamente ser felices. Como dicen los alemanes, «la vida eterna está hecha de los primeros sorbos de cerveza, porque el primer sorbo es el mejor», y por eso, cuando ya llevamos cien sorbos, la cerveza ha perdido el sabor, la frescura del inicio.

Si decir «Tú» a Cristo deja de ser algo nuevo cada mañana, perdéis lo mejor de cada día. Yo no quiero acostumbrarme mecánicamente a ello. Aunque esto es solamente el comienzo porque el cumplimiento total está en la vida eterna, la vida eterna es la verdad de esta vida, y yo, como un sorbo, puedo empezar a experimentarlo en cada instante. Esta es la densidad del instante de la que siempre nos ha hablado don Giussani. El instante tiene una densidad que perdemos si se convierte en algo formal. Por eso no quiero que nadie me lo ahorre, quiero ser yo el que acuse «el impacto» de su presencia cada mañana, no quiero ser una piedra que abre los ojos y no se da cuenta de que existe; yo quiero ser y quiero estar con toda mi persona en lo que hago, como quiero estar con toda mi persona aquí, porque si no, tengo siempre que esperar a que se acabe lo que estamos haciendo para empezar a vivir: nunca coincidimos con nosotros mismos y eso es una desgracia.

Cesana. Sobre la ausencia me ha ayudado mucho leer el encuentro titulado «Un lugar donde decir “yo” de verdad» que tuvo don Giussani con los chicos de GS, donde al principio de una manera verdaderamente curiosa dice: «Me di cuenta de la existencia de Dios cuando, en el seminario, oyendo la famosa *Favorita* de Donizzetti, experimenté una nostalgia tan grande que comprendí que aquello de lo que tenía nostalgia existía». Si te falta algo quiere decir que existe, si no, no te faltaría. Si tú me faltas, quiere decir que existes y, de hecho, todos nosotros preferimos estar enamorados a estar indiferentes, y tu mujer prefiere que sientas su ausencia a que te alegres porque no sientes su ausencia.

Respecto al problema de si nunca seremos felices con Cristo, he leído una cita de san Efrén el Sirio que nos puede ayudar: «Cuando tienes sed y vas a la fuente, no debes pretender agotar la fuente porque el gusto está en beber. Si agotas la fuente, ya no podrás beber más». Cristo es esto. El misterio de Cristo, el misterio de esta Presencia es la posibilidad de beber. Si no, ¿qué gusto hay? Ningún gusto porque el gusto, la satisfacción está en beber, ¿no?, no en tener sed. Tener sed es el deseo, la necesidad, lo que hemos dicho antes, y después se bebe, por eso no tenemos que pretender agotar la fuente, nos tenemos que alegrar de que la fuente siga manando, porque así podremos beber siempre; creo que también en el paraíso será así ¿no?

Carrón. El problema es que tenemos miedo de que la fuente se agote.

Cesana. Es verdad.

Carrón. El verdadero problema es el miedo. Porque vuestro hijo no tiene este problema, no se preocupa de si cenará por la noche: estáis vosotros y está tranquilo. Tenemos miedo porque no estamos seguros de que la fuente esté siempre ahí.

Cesana. Sí. A propósito de cuál es la ventaja de la muerte de don Giussani podemos decir que es análogo a lo que les sucedió a los discípulos con Jesús: «Os conviene que yo me vaya». Lo acabamos de leer en la estampa: don Giussani ha dado la vida por nosotros. Estamos llamados a hacer nuestro lo que nos ha comunicado. Cuando Jesús subió a los cielos los discípulos lo hicieron suyo, es decir, lo que habían encontrado era ya suyo. Esto es doloroso porque es necesaria la separación, es doloroso, pero es el paso que llena la vida. El hijo, para comenzar, necesita que el padre se retire, si no, no empezará él, no empezará nunca. Si los empresarios no murieran nunca, pensad en sus hijos, nunca dirigirían la empresa. Tiene que ser tuyo: en este sentido es ventajoso. «Os conviene que yo me vaya», porque tiene que ser nuestro y ahora nos toca a nosotros, ciertamente nos toca a nosotros.

Carrón. Lo que don Giussani nos ha comunicado permanece y es Cristo, y es Él el que nos permite seguir el camino.

Cesana. «¿Por qué no conseguimos tener afecto a lo que conocemos para que el conocimiento no se quede en una idea y el afecto en un sentimiento?».

Me permito decir una cosa: el problema de nuestros deseos es que son deseos sin afecto. Afecto, «quedar afectados por», quiere decir quedar impresionados; tener afecto quiere decir ser poseídos, es decir, tú, a quien yo amo, me posees. Esto es el afecto: que lo que yo busco y el que me puede dar la respuesta me afecta hasta el punto de aferrarme. El deseo sin afecto no es nada, es un juego, un sueño, una ilusión, una construcción, una abstracción y, en general, violencia.

Carrón. Se queda en una idea porque Cristo para nosotros es abstracto, es una abstracción.

Hace algunas semanas en un encuentro con un grupo de universitarios de la Universidad Estatal empezamos con un canto (*Lela*); empezamos a charlar y hacían preguntas. No se me escapaba lo que había sucedido con el canto y les paré y les dije: «¿Qué os ha pasado al oír este canto?». Empezaron a decir cosas abstractas que no tenían nada que ver con ellos,

no se les había ocurrido nada con ese canto, menos a uno que dijo: «Me he acordado de mi novia». A los demás se les ocurrían ideas; el único que dijo algo concreto era ese.

«A mí me faltaba Cristo», les dije yo. Y una chica me dijo: «Tú, cuando dices Cristo, lo dices de una forma que no es habitual para mí». Esta es la cuestión. No nos falta, no nos falta cuando cantamos, es una abstracción. A nadie se le ocurre pensar que Cristo no es una imaginación nuestra; aunque todos sean del movimiento, a nadie le ocurre. Cuando oyen una canción y tú les preguntas: «¿Qué ha sucedido?», nadie piensa en Cristo, ni siquiera se les pasa por la mente, hablan de abstracciones. El único que dice algo real es aquel al que le falta algo real, por ejemplo la novia, aquel para el que Cristo no es una abstracción.

Cristo se queda en una idea y el afecto en un sentimiento, pero no existe; para que el afecto sea un vínculo con Cristo es necesario que Cristo sea real. Sin esto no hay afecto que nos vincule a Cristo y por eso no le echamos de menos. Este es el trabajo, el recorrido en el que se nos introduce, al que siempre se nos reclama; para que esto sea verdaderamente real es necesario hacer un trabajo, es necesaria la convivencia. Pero si cada vez que nos sucede algo, en vez de empezar por Cristo, pensamos en todo menos en Él, ¿cómo se hace real? Mejor dicho, ¿cómo se hace familiar? Porque real lo es, no se hace real porque lo digo yo. Es real, el problema es que para nosotros es una abstracción. Se hace familiar si empiezo a introducirlo cuando hablo de las patatas, si tiene que ver con las patatas, con la canción, con la puesta de sol, con la vida, con despertarse cada mañana; si tiene que ver con todo igual que cuando entra en tu vida una persona amada, poco a poco tiene que ver con todo: no puedes evitar levantarte por la mañana, abrir los ojos y que te salte a la vista como la primera cosa en la que piensas. Tú no has creado a esta persona, pero se ha convertido en familiar en un determinado momento. La cuestión es que Cristo —que existe, que es real igual que esa persona— se haga familiar y para eso es necesaria la convivencia, es necesaria una familiaridad, porque si no es en lo último que pensamos.

Por eso, amigos, hace falta hacer un trabajo, como siempre nos enseña don Giussani, es necesario introducirlo en todo, reconocerlo en todo, por eso nos decía: «Yo veo todo lo que vosotros veis, pero vosotros no veis lo que yo veo». Nos falta ver a Cristo como lo veía él, hablando de las patatas, y este es el trabajo que hay que hacer, porque nos quedamos en la apariencia, pero la sustancia de las cosas se nos escapa, todavía no nos es familiar.

Cesana. De hecho tenemos la pregunta clave: «¿Qué significa que Cristo mismo es la forma de la respuesta al deseo del hombre, es decir, no sólo la respuesta, sino la forma de la respuesta?».

Esta afirmación me ha provocado personalmente. Ante todo me ha llevado a responderme quién es Cristo, y Cristo es Dios hecho hombre que ha dado la vida por nosotros y ha vencido a la muerte, es decir, la confirmación de todo lo positivo que nosotros sentimos y percibimos en la existencia y esta confirmación se realiza a través de un abrazo que me dan a mí. La victoria de Cristo sobre la muerte es el pueblo cristiano, este pueblo que –suceda lo que suceda– nunca me ha abandonado, no me abandona jamás. Y de hecho, no debemos pensar sólo que Cristo es la forma de la respuesta para nosotros, sino también que, cuando el deseo de los demás se dirige a nosotros, la forma de nuestra respuesta debe ser conforme a Cristo: debe ser conforme a Cristo con tus hijos y con tus amigos y con tu grupo de Fraternidad, porque lo que tú deseas lo desean también ellos. Cuando don Giussani dijo: «La victoria de Cristo es el pueblo cristiano» es porque estaba él, igual que yo ahora, mirándoos a vosotros que estáis delante. «La victoria de Cristo es el pueblo cristiano», es el signo, esta unidad es el signo de esta victoria y el abrazo que nos da es la promesa. Porque yo no soy un visionario, ¿está claro? Yo no he visto a Jesús paseando delante de mí, yo os he visto a vosotros y vosotros sois la promesa de esto. Yo me siento poseído por vosotros, pero no toleraría ser vuestro esclavo. Por tanto, vosotros también debéis quedar poseídos por Aquel que me posee a mí.

Carrón. Que Cristo sea la forma de la respuesta, que decida él la forma de la respuesta, si lo pensamos un momento, lo entendemos muy bien partiendo de la experiencia de la relación amorosa. No es lo que te da la persona amada, las cosas que te da o no te da. La respuesta al deseo de ser amado no puede tener otra forma que la persona amada. Si te da todo y tú no le importas nada o no está junto a ti, ¿para qué te sirve todo lo demás? ¿Para qué te sirve que te haga un regalo? Mirad la vida: la mujer está ahí y su marido le da todo excepto un instante de sí mismo.

La forma de la respuesta a esta exigencia de ser amado no es regalar vestidos, joyas, etc. Ella puede prescindir de casi todo: «¿Por qué no estás conmigo?». La forma de la respuesta es ésta. La respuesta a nuestras necesidades es Cristo, su presencia, su dulce presencia. Sin esto, aunque tenga todo, como mucha gente, no soy feliz. El drama de hoy es que la gente tiene de todo, como me contaba una amiga mía española que es médico; uno de sus pacientes le decía: «Pregúntame, pregúntame, lo

tengo todo: una mujer preciosa, un trabajo estupendo, una casa fantástica... lo tengo todo, ¿por qué no soy feliz?». Esta es la cuestión. Igual que una mujer que dice: «Lo tengo todo, ¿por qué no soy feliz si me faltas tú?». Porque la forma de la respuesta es la presencia del otro. O pensamos en esto o nos quedamos en las cosas secundarias.

Es Él, por eso si nosotros no entendemos que lo que deseamos, que la naturaleza de nuestro deseo es el deseo de totalidad y que este deseo sólo lo satisface Él, igual que el deseo de ser amados sólo lo cumple la persona amada y no todo lo que te da, nos queda siempre la tristeza de todo demás. Pero si lo que satisface es que Él exista, la forma no la decidimos nosotros. Porque el marido podría decir: «¿por qué no te contentas? Te lo doy todo: joyas, vestidos, viajes... te doy todo, ¿por qué no te contentas?». «Porque no puedo decidir contentarme: la forma que me corresponde no es esa».

No debemos detenernos, debemos tratar de ponernos ejemplos para comprender lo que nos falta, esto es un trabajo porque, si no, estamos siempre como en suspenso, como si Cristo nos hubiera tomado el pelo, mientras que es el único que nos toma en serio, es el único que responde adecuadamente a nuestra necesidad. «Si no fuera tuyo, Cristo mío, me sentiría criatura finita».

Cesana. «Nos has dicho que la Fraternidad se nos da como apoyo, como una trama de relaciones que nos sostiene en la vida: ¿qué quiere decir compartir la vida?».

Se comparte la vida cuando se pone en juego uno mismo, el propio destino, el sentido por el que se vive. Basta una mirada, una insinuación, una palabra, un gesto discreto.

Carrón. Por eso me gusta la expresión «trama de relaciones», que impide concebir la Fraternidad como una Escuela de comunidad bis, como una repetición de la Escuela de comunidad. No es una reunión más lo que necesitamos, necesitamos una trama de relaciones que sostenga la vida, con la cual compartir la vida.

Esto se me hizo claro cuando enseñaba en Madrid, porque –no sé si ya lo he contado– doy clase en primero y en cuarto año de teología; en primero, como es un curso de introducción, me hacen todas las preguntas posibles e imaginables y yo trato de responder; pero me encuentro con que en cuarto me hacen las mismas preguntas; ¿soy estúpido yo que no respondo bien o son estúpidos ellos? Y me doy cuenta de que no, de que algunos son inteligentes y de que yo había respondido, pero para que se

les hiciera familiar no era suficiente con que les respondiera una vez. Si lo oyen una vez y en la vida cotidiana no se les hace familiar, la vez siguiente me vuelven a preguntar lo mismo porque todavía la respuesta no es de ellos. Esto me ha hecho entender la diferencia entre la Escuela de comunidad y la Fraternidad: en la Escuela de comunidad aprendemos las cosas, pero para que estas cosas se conviertan en familiares es necesaria una trama de relaciones, es necesario un grupo de amigos donde todo esto se haga familiar para mí. Yo muchas veces no puedo preguntar en la Escuela de comunidad porque ni siquiera se me ocurre; si uno trabaja o vive el trabajo de una determinada manera, ni siquiera se imagina que lo está haciendo mal, pero tal vez charlando, tomando un café con alguien de su Fraternidad, éste, al oírle le dice: «¿no te das cuenta de que esta forma de trabajar no es de la que habla la Escuela de comunidad?».

Es como un profesor: no sirve que le repita muchas veces la fórmula matemática a su alumno; no, es necesario que alguien, viendo dónde se equivoca al hacer el problema le diga: «Te has equivocado aquí», hace falta alguien que le acompañe en el recorrido que tiene que hacer. Nosotros tenemos necesidad de una trama de relaciones que nos acompañe en el recorrido que tenemos que hacer porque, si no, no se hace familiar. No basta con que alguien me repita la fórmula –porque ya la sé– si después no me corrige: «mira dónde te has equivocado». Es necesaria una trama de relaciones y por eso si la Fraternidad es una repetición de la Escuela de comunidad no sirve para nada, porque no necesitamos otro que nos repita la fórmula, necesitamos alguien que, hablando de las cosas normales, nos hable del Misterio y esto es la Fraternidad porque esto es lo que sostiene la vida. Si no, la Escuela de comunidad va por un lado y la vida por otro y vence el dualismo, no entra en la trama.

Lo que verdaderamente me volvió «loco» del movimiento, lo que me hizo adherirme al movimiento es que es capaz de romper este dualismo; si respondemos a la forma con la que el movimiento nos educa este dualismo –por una parte, nuestras ideas y por la otra, la vida– salta por los aires. Para vencer el dualismo es necesaria una trama de relaciones porque sin ella puedes encontrar a alguien que te cuente la Escuela de comunidad de la A a la Z, pero después el Misterio no tiene nada que ver con la vida. Este es nuestro problema. Cuando alguien me dice: «Trabajo de esta forma, vivo las relaciones de esta otra», le digo: «No has entendido nada de *El sentido religioso*». Porque no basta que me sepa de memoria *El sentido religioso* como un libro y después me resulte abstracto. Es necesaria una trama de relaciones que nos sostenga en la vida. Si no, todo se hace cada vez más extraño.

Cesana. Última pregunta: «En el contexto histórico actual, ¿qué significa para nosotros sostener la esperanza de los hombres? ¿Cómo podemos ayudarnos a devolver la esperanza a los hombres?».

En el libro *Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*, don Giussani dice: imaginad que nacéis con la edad que tenéis ahora; la primera reacción cuando vuestros ojos se abren al mundo es la sorpresa, lo positivo. Después se os cae encima el camión, las contradicciones de la existencia. Entonces, ¿cuál es el sentido de la vida: lo positivo que habéis visto al principio o el camión que se os echa encima después?

Por tanto, la razón busca sobre todo esta positividad que está en la experiencia.

Pero la razón, como sabemos, se pierde, nos perdemos. Para llegar a percibir esta positividad es necesario que alguien nos indique el camino. Es decir, no sólo existe lo positivo: si tú te acercas, está positividad la experimentas, la comprendes.

Pensad lo que significa la elección de este Papa para nosotros, para la Iglesia y para el mundo, como guía para el camino. Es impresionante. Sostener la esperanza de los hombres quiere decir afirmar lo positivo en la vida. Recuerdo que a don Giussani cuando ya estaba mal le preguntaron cómo se encontraba, y respondió: «¿Cómo se puede decir que se está mal cuando todo lo que te sucede te lo da Dios?». Esta es la cuestión, esta es la verdadera cuestión, es decir, que existe una positividad y que existe alguien al que si tú acudes, lo entiendes. La esperanza de los hombres se sostiene haciéndoles ver el camino en el que lo positivo se hace experiencia. Qué grande es la Iglesia.

Carrón. Sólo quiero añadir una palabra que nos quede como imagen: don Giussani, ¿cómo nos despertó la esperanza? Dando testimonio del Misterio delante de nosotros. Respondiendo a la gracia que le había sido concedida ha mantenido nuestra esperanza. Nosotros, respondiendo a la gracia que nos ha sido dada, que se nos ha dado por esta elección, porque el Misterio nos ha elegido, sostenemos la esperanza de todos. Don Giussani, al responder a la gracia que recibió en el seminario o a través de su madre, ha sostenido nuestra vida. No hay ninguna diferencia, sólo una preocupación, la de la Virgen: responder sí, porque esto coincide con el bien del mundo.

La Virgen, al responder sí, ha introducido en la historia a Cristo. Don Giussani, respondiendo sí, ha introducido en la historia a Cristo. Nosotros, respondiendo sí, introducimos a Cristo en la historia, es decir, sostenemos la esperanza de todos los hombres. Porque el verdadero ene-

migo es la nada, el nihilismo, y de lo que todos tenemos necesidad –como hemos visto con la muerte de don Giussani y con la oleada de personas que se acercaron hasta el Papa para darle el último adiós– es de testigos del Misterio presente.

Don Giussani ha dejado un testamento que os leo:

Nombro como herederos universales a partes iguales a la Asociación laical Fraternidad de Comunión y Liberación y a la Asociación Eclesial Memores Domini.

Os encomiendo de forma especial la máxima discreción y prudencia en el uso de mis intervenciones en soporte de audio y de vídeo y para salvarlas será bueno utilizar los criterios normalmente usados por mí.

Igual que nos deja todo, nosotros también le dejamos todo a él, por eso todos los que quieran entregar al Archivo Histórico escritos, fotografías, grabaciones de audio y de vídeo relativos a encuentros con don Giussani, para incrementar todo lo que nos ha dejado, que contacten con el Archivo de CL.

SANTA MISA

HOMILÍA DE SU EXCELENCIA MONSEÑOR FILIPPO SANTORO
OBISPO DE PETROPOLIS (BRASIL)

«A quien me ama, mi Padre le amaré y también yo le amaré y me manifestaré a él». ⁸⁸ En estos días hemos visto la manifestación de este amor: se nos ha manifestado en estos Ejercicios, se nos ha manifestado en estos dos meses memorables.

El Evangelio decía: «No os dejaré huérfanos». ⁸⁹ Ahora todos sentimos –como se dice en Brasil– una gran *saudade*, una gran nostalgia de don Giussani y de Juan Pablo II, pero vence la Presencia, vence la certeza. «Vosotros me veréis, porque yo vivo», ⁹⁰ y lo que don Gius y el Papa nos han enseñado es precisamente a ver una Presencia que sucede ahora y que se despliega delante de nosotros, creando algo nuevo, más grande de lo que existía antes.

Es el milagro al que hemos asistido, el don, el esplendor de Benedicto XVI y la imponencia en estos días de la compañía guiada de la que formamos parte. La imponencia de un hecho que continúa, de un hecho que nos ha confirmado en la esperanza y que nos hace capaces –como decía San Pedro– de «dar razón de nuestra esperanza», porque el Espíritu ha respondido creando algo nuevo, no porque lo deseemos nosotros, sino porque Otro crea algo que nos sorprende, que sigue sorprendiéndonos.

Os cuento algo, sólo para dar testimonio de la acción misionera del movimiento, ligado a la cuestión de los deseos y de la respuesta: en Brasil, en san Pablo, hemos encontrado amigos de un movimiento (Sin Tierra), que ha ofrecido casa a miles y miles de personas y que como sucedía en el medioevo, cuando los jefes se convertían se sumaba todo el pueblo. Cuando hicimos la peregrinación a N. Sra de Aparecida, entre Río de Janeiro y Sao Paulo éramos unos mil quinientos y llegaron otros mil más, los responsables de este otro movimiento, venían juntos. Porque ellos, al encontrarse con nosotros, dijeron: «les hemos dado casas a estas personas, pero continúan todos los problemas, se ha reabierto la discusión, pero al encontrarnos con vosotros hemos descubierto algo que sirve para nuestra vida, algo que nos transforma, el origen del cambio de nuestra persona. Por eso nosotros –los responsables y todos nuestros amigos– queremos conocerlos, queremos estar con vosotros».

Y éste es el milagro que sucede: el cambio de la persona, la posibilidad de ser acogidos y amados y, por tanto, algo que realiza el deseo antiguo, lo hace más grande, más verdadero y es exactamente el deseo de que

toda la vida quede invadida por esta gran razón: la presencia del Verbo entre nosotros, la presencia del Espíritu, la obra del Espíritu, obra no creada por nosotros, sino recibida con gran agradecimiento. Y la primera lectura del anuncio del apóstol Felipe indicaba las características: el cambio de la persona en medio de una gran alegría, una alegría incontenible.

Damos gracias por estar juntos, en cualquier parte del mundo, en esta vida, en esta amistad que sostiene nuestros pasos, en este lugar de nuestra esperanza. Agradecemos y renovamos una adhesión sin reservas al encuentro que nos salva, que salva nuestra vida.

MENSAJES RECIBIDOS

*Reverendo Signore
Don Julián Carrón
Presidente della Fraternità di Comunione e Liberazione*

Tengo la alegría de transmitirle a usted y a la Fraternidad de Comunión y Liberación un especial saludo de Su Santidad Benedicto XVI con motivo de los “Ejercicios espirituales” que tendrán lugar en Rímimi durante los días 29 al 30 de abril próximos. Mientras continúa todavía vivo en su ánimo el recuerdo del conmovedor funeral del difunto don Luigi Giussani en el Duomo de Milán, el Santo Padre, participando espiritualmente en el fervor de estos días de reflexión y de oración guiados por usted, desea vivamente que den frutos de renovación ascética y de ardiente celo apostólico y misionero.

Es muy significativo el tema de las meditaciones que usted dictará: *La esperanza*. ¡Qué necesario es para nuestro tiempo comprender el valor y la importancia de la esperanza cristiana que hunde sus raíces en una fe sencilla y sin titubeos en Cristo y en su palabra de salvación! De esta esperanza se nutrió el querido don Luigi Giussani y tras sus huellas pretende seguir el camino vuestra benemérita Fraternidad. Vuestro Fundador precedió en poco tiempo el pío tránsito del amado Santo Padre Juan Pablo II. Ambos, ardientes testigos de Cristo, nos dejan en herencia el testimonio de una total entrega a la “esperanza que no defrauda” (*Rm* 5,5), esa esperanza que el Espíritu Santo infunde en los corazones de los creyentes derramando sobre ellos el amor de Dios.

El Sumo Pontífice confía a María Santísima, Madre de la Esperanza, el buen éxito de vuestros “Ejercicios espirituales” y envía de corazón la implorada Bendición Apostólica a usted, a los participantes en el encuentro y a toda la Fraternidad de Comunión y Liberación. Aprovecho la circunstancia para confirmarle también mi cercanía espiritual.

Su devotísimo en el Señor

*S.E.R. cardenal Angelo Sodano
Secretario de Estado*

Queridísimos,

como afirma Péguy, poeta tan querido por nosotros, para esperar es necesario ser felices y para ser felices hace falta haber recibido un gran don. Los dos meses transcurridos nos revelan cuál ha sido el don de Dios para nosotros: la partida de don Giussani primero y la de Juan Pablo II después, y por fin, la elección de Benedicto XVI. El don de Dios pasa a través de nuestra condición de hombres hechos de alma y cuerpo. Por tanto, nuestra vida es siempre una mezcla de dolor y de alegría. Las santas muertes en las que hemos participado han expresado un dolor ya marcado por la gloria. Benedicto XVI, hablándonos de «guillotina» nos ha dado testimonio de la necesidad de la «herida de la aceptación». Para ser verdadera, la alegría exige contricción y cambio.

Nuestra esperanza no quedará defraudada si nos hacemos responsables, personal y comunitariamente, de estos grandes dones, siendo humildes testigos del carisma enamorado de Jesucristo del que –gracias a don Giussani– participamos para el bien de la Iglesia y en favor de cada hermano hombre.

Os saludo y os bendigo en el Señor

*S.E.R. cardinal Angelo Scola
Patriarca de Venecia*

Espiritualmente partícipe Ejercicios Espirituales Fraternidad Comunión y Liberación pido al Señor Dios que os done fidelidad plena, conmovida y agradecida al carisma y a la obra de Don Giussani, en la pertenencia alegre y dócil al cuerpo de Cristo.

*S.E.R. monseñor Vincenzo Orofino
Obispo de Tricarico*

TELEGRAMAS ENVIADOS

*Su Santidad
Benedicto XVI*

¡Gracias Santidad!

27.000 miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos en Rímíni para los Ejercicios espirituales anuales y otros conectados vía satélite desde 60 países del mundo, han acogido con filial agradecimiento vuestro mensaje que confirma la paternidad que se nos mostró a todos en el funeral de don Giussani.

Como pueblo generado por la fe y la humanidad enamorada de Cristo de nuestro padre y confirmado en la fe durante muchos años por el gran Papa Juan Pablo II, volvemos a poner en vuestras manos, Santidad, nuestra existencia entera para colaborar con la Iglesia, nuestra madre, respondiendo a la necesidad más urgente indicada al comienzo de vuestro pontificado: seguir a Cristo para hacerlo presente entre nuestros hermanos los hombres como acontecimiento que «hace la vida libre, bella y grande», para que en este tiempo dominado por el miedo se renueve en nosotros y en nuestros hermanos la experiencia del céntuplo. Al finalizar estos Ejercicios no tenemos otro objetivo que el descrito por Vuestra Santidad: «Conocerle a Él y comunicar a los demás la amistad con Él».

Durante estos días hemos rezado por Vuestra Santidad pidiendo a don Giussani, a Juan Pablo II y a san Benito, protector de nuestra Fraternidad, que sostengan la que de otra manera sería una tarea imposible, para la cual el Señor ha elegido Vuestra persona.

Sac. Julián Carrón

*S.E.R. cardenal Camillo Ruini
Presidente de la CEI*

27.000 miembros Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos en Rímíni para los Ejercicios espirituales anuales y otros conectados vía satélite desde 60 países del mundo, meditando sobre el tema paulino “La esperanza no defrauda”, agradecidos por las palabras de Vuestra Eminencia en la Misa del día trigésimo después de la muerte de nuestro padre don Giussani y sostenidos por Vuestras recientes intervenciones públicas, renuevan su compromiso de testimonio cristiano en la sociedad

italiana tras las huellas dejadas por Juan Pablo II y siguen con decisión a Benedicto XVI que anuncia al mundo la respuesta que todos esperan: Cristo resucitado, fundamento de un esperanza segura que no defrauda el corazón del hombre.

Sac. Julián Carrón

S.E.R. monseñor Giuseppe Betori
Secretario de la CEI

27.000 miembros Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos en Rímíni para los Ejercicios espirituales anuales y otros conectados vía satélite desde 60 países del mundo, meditando sobre el tema paulino “la esperanza no defrauda”, en la memoria viva de don Giussani, nuestro padre en la fe, confirman compromiso de seguir al servicio de la misión de la Iglesia en Italia para ser colaboradores activos de Benedicto XVI en el anuncio cristiano para sostener la esperanza de los hombres de nuestro tiempo.

Sac. Julián Carrón

S.E.R. monseñor Stanislaw Rylko
Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos

27.000 miembros Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos en Rímíni para los Ejercicios espirituales anuales y otros conectados vía satélite desde 60 países del mundo, meditando sobre el tema paulino “la esperanza no defrauda”, conservan el recuerdo vivísimo de su presencia en el funeral de don Giussani llevando el último saludo del amado Juan Pablo II, signo de una paternidad que no tiene fin. Agradecidos al Señor por el don de Benedicto XVI y por la confirmación de Vuestra Excelencia como Presidente del Consejo Pontificio para los Laicos, como bautizados estamos más seguros de la experiencia encontrada y más decididos a servir al Santo Padre en el testimonio de Cristo presente en todas las circunstancias de la vida.

Sac. Julián Carrón

S.E.R. Josef Clemens
Secretario del Consejo Pontificio para los Laicos

27.000 miembros Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos en Rímini para los Ejercicios espirituales anuales y otros conectados vía satélite desde 60 países del mundo, meditando sobre el tema paulino “la esperanza no defrauda”, comparten con usted, durante tantos años fiel colaborador del cardenal Ratzinger, la alegría por la elección de Benedicto XVI, respuesta providencial de Dios a la urgencia de los tiempos después de la desaparición de Juan Pablo II. Confortados por el testimonio del Papa Benedicto después de la desaparición de nuestro padre en la fe don Giussani, nos encontramos más decididos a llevar la experiencia de Cristo vivo a todos los ambientes de la vida y del trabajo como fieles laicos en la Iglesia.

Sac. Julián Carrón

S.E.R. monseñor Paolo Romeo
Nuncio Apostólico en Italia

27.000 miembros Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos en Rímini para los Ejercicios espirituales anuales y otros conectados vía satélite desde 60 países del mundo, meditando sobre el tema paulino “la esperanza no defrauda”, renuevan su compromiso de anuncio cristiano en Italia en la fidelidad al Santo Padre Benedicto XVI que conforta y sostiene nuestra vida tras la desaparición de don Giussani al que debemos el encuentro con Cristo y la pasión por comunicarlo.

Sac. Julián Carrón

S.E.R. cardenal Angelo Scola
Patriarca de Venecia

Queridísima Eminencia, sus palabras han renovado en todos nosotros la memoria de lo que el Señor ha obrado en nuestra vida con los acontecimientos misteriosos y bellos de estos tiempos. En la común pertenencia a un acontecimiento nacido de la pasión por Cristo de don Giussani, siga acompañando a este pueblo, para que todos y cada uno de nosotros sepamos convertirnos a esa vorágine de caridad que nos ha aferrado arrastrándonos a Cristo, haciendo presente en el mundo la victoria del Resucitado

que es la Iglesia. El seguimiento de Benedicto XVI se convierte así para todos nuestros grupos en programa de vida en la fidelidad a esa forma de enseñanza a la cual hemos sido confiados.

Sac. Julián Carrón

*S.E.R. monseñor Vincenzo Orofino
Obispo de Tricarico (Matera)*

27.000 miembros Fraternidad de Comunión y Liberación reunidos en Rímíni para los Ejercicios espirituales anuales y otros conectados vía satélite desde 60 países del mundo, meditando sobre el tema paulino “la esperanza no defrauda”, agradecidos por su mensaje de amistad, le pedimos para toda la Fraternidad una especial oración para que la fidelidad al carisma y al Santo Padre haga madurar la fe en cada miembro de la Fraternidad para dar testimonio de unidad en las circunstancias de la vida según la educación recibida de don Giussani.

Sac. Julián Carrón

Apéndice

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA

A cargo de Sandro Chierici

(Guía de las imágenes tomadas de la Historia del Arte que acompañaron las audiciones musicales a la entrada y a la salida)

El corazón del hombre es espera, deseo, por lo tanto, esperanza de cumplimiento. El tiempo tiende a reducir el deseo, proyectándolo en el mejor de los casos a esperar un futuro desconocido, alternativa al presente vacío que no satisface. El encuentro con Cristo que se manifiesta en la realidad revela al hombre el deseo original de su corazón y hace renacer una esperanza segura y alegre porque está enraizada en una relación que desvela la positividad del presente. El tiempo se llena así con la acción del hombre. María, primera esperanza de Cristo niño, que puso en Él toda su esperanza, indica al hombre la dirección que debe seguir y, por eso, es fuente inagotable de esperanza y alegría.

1. Giotto, *Cielo estrellado*, detalle. Padua, Capilla de los Scrovegni
2. Henri Matisse, *ICARO*. Litografía VIII de la serie *Jazz*. París, Musée d'Art Moderne
3. Vincent Van Gogh, *Noche estrellada sobre el Ródano*. París, Musée d'Orsay.
4. Vincent Van Gogh, *La noche estrellada*. Nueva York, The Museum of Modern Art
5. Vincent Van Gogh, *La llanura de Auvers con nubes*. Múnaco, Neue Pinakothek.
6. Vincent Van Gogh, *Casa con tejado de paja en Cordeville*, detalle. París, Musée d'Orsay
7. Vincent Van Gogh, *Primeros pasos* (de Millet). Nueva York, The Metropolitan Museum of Art
8. Pablo Picasso, *Madre con niño enfermo*. Barcelona, Museo Picasso
9. Jean Renoir, *Grabrielle et Jean*. París, Musée de l'Orangerie
10. Balthus (Baltasar Klossowski de Rola), *Muchacha en la ventana*. Colección privada
11. Joel Meyerowitz, *Interior de Nueva York*. Fotografía. Nueva York, James Danziger Gallery
12. Edward Hopper, *Mañana en Cape Cod*. Washington, National Museum of American Art

13. Edward Hopper, *Oficina de una pequeña ciudad*. Nueva York, Metropolitan Museum of Art
14. Edward Hopper, *Habitación en Brooklyn*. Bostón, Museum of Fine Arts
15. Henri Matisse, *El violinista en la ventana*. París, Centro Pompidou
16. Edward Hopper, *Autopista de cuatro carriles*. Colección privada
17. Edward Hopper, *Noche en Cape Cod*. Washington, National Gallery of Art
18. Edward Hopper, *Habitaciones al mar*. New Haven (CT), Yale University Art Gallery
19. *Cielo estrellado*, mosaico, detalle. Rávena, Mausoleo de Galla Placidia
20. Anónimo, siglo XII, *La creación de los astros*. Monreale, Catedral
21. Anónimo, siglo XII, *La separación de la tierra de las aguas*. Monreale, Catedral
22. Anónimo, siglo XII, *La creación del hombre*. Monreale, Catedral
23. Anónimo, siglo XII, *La llegada de Adán al Paraíso*. Monreale, Catedral
24. Anónimo, siglo XII, *La curación del leproso*. Monreale, Catedral
25. Anónimo, siglo XII, *La curación del ciego de nacimiento*. Monreale, Catedral
26. Anónimo, siglo XII, *La resurrección del hijo de la viuda de Naín*. Monreale, Catedral
27. Anónimo, siglo XII, *La curación de un cojo*. Monreale, Catedral
28. Anónimo, siglo VI, *La multiplicación de los panes y los peces*. Rávena, Sant' Apollinare nuovo
29. Anónimo, siglo VI, *La llamada de Pedro y Andrés*. Rávena, Sant' Apollinare nuovo
30. Anónimo, siglo VI, *La samaritana en el pozo*, conjunto. Rávena, Sant' Apollinare nuovo
31. Anónimo, siglo VI, *La samaritana en el pozo*, detalle. Rávena, Sant' Apollinare nuovo
32. Vincent Van Gogh, *Trigal con vista de Arles*. París, Musée Rodin
33. Vincent Van Gogh, *Campo de trigo detrás del Hospital de Saint-Paul*. Essen, Museum Folkwang
34. Vincent Van Gogh, *Sembrador a la puesta de sol*. Otterlo, Rijksmuseum Kröller-Müller
35. Vincent Van Gogh, *Dos hombres desenterrando un tocón*. Detroit, the Detroit Institute of Art
36. Vincent Van Gogh, *La recolección de la aceituna*, detalle. Colección privada

37. Vincent Van Gogh, *La recolección de la aceituna*. Washington, National Gallery of Art
38. Vincent Van Gogh, *Trigal con gavillas y segadores*. Toledo (OH), The Toledo Museum of Art
39. Vincent Van Gogh, *Sembrador a la puesta de sol*. Ámsterdam, Rijksmuseum Vincent Van Gogh
40. Vincent Van Gogh, *Dos campesinos vagando* (de Millet). Paradero desconocido
41. Vincent Van Gogh, *Camino de los campos* (de Millet). Paradero desconocido
42. Jean François Millet, *El Ángelus*. París, Musée d'Orsay
43. Benedetto Antelami, *Enero*, Parma, Catedral, ciclo de los signos del zodiaco
44. Benedetto Antelami, *Febrero*. Parma, Catedral, ciclo de los signos del zodiaco
45. Benedetto Antelami, *Septiembre*. Parma, Catedral, ciclo de los meses
46. Benedetto Antelami, *Agosto*. Parma, Catedral, ciclo de los meses
47. Benedetto Antelami, *Junio*. Parma, Catedral, ciclo de los meses
48. Andrea della Robbia, *Anunciación*. La Verna, iglesia mayor, capilla Niccolini
49. Antonello de Messina, *Virgen con el niño*. Washington, National Gallery of Art
50. Bartolomé Esteban Murillo, *Adoración de los pastores*, detalle. Madrid, Museo del Prado
51. Artemisia Gentileschi, *La Virgen da el pecho al niño*. Florencia, Galleria Palatina del Palazzo Pitti
52. Pietro Lorenzetti, *Virgen con el niño*. Asís, Basílica inferior, capilla de San Juan Bautista
53. Maestro de san Nicolás, *Virgen con el niño*. Asís, Basílica inferior, capilla de san Nicolás
54. Giotto, *Ascensión*. Padua, Capilla de los Scrovegni, pared norte
55. Giotto, *Ascensión*, detalle. Padua, Capilla de los Scrovegni, pared norte
56. Maestro lombardo, *Asunción de María y Trinidad*. Mirasole, Abadía

DIRECTORIO PARA LOS GRUPOS DE FRATERNIDAD

Las indicaciones que siguen, sugeridas por la experiencia de estos doce años, quieren responder a los grupos de Fraternidad que han expresado el deseo de una mayor seriedad en el planteamiento de su vida personal y comunal.

1. Obediencia a las indicaciones de quien guía a toda la Fraternidad

Quien participa en la vida de la Fraternidad está invitado a la obediencia a las indicaciones de quien guía toda la Fraternidad, en una inmanencia responsable a la vida del Movimiento, hasta el afecto.

2. Naturaleza y consistencia del grupo

Un grupo está constituido por adultos que libremente lo deciden y lo constituyen. La idea-guía de la Fraternidad es el descubrimiento de que un adulto es responsable tanto de su trabajo y de su familia como de sus santidad: de la vida como camino hacia la santidad, es decir, de la vida como vocación.

El adulto, en cuanto que es responsable, se junta con otros que reconocen tener la misma responsabilidad frente a la vida como vocación.

Conforme al método que enseña el Movimiento, todos deberían desear pertenecer a un grupo de Fraternidad, aunque la adhesión a ella es personal.

3. El guía: todo grupo debe ser guiado

Todo grupo debe ser guiado. El guía no coincide mecánicamente con la figura del prior, sino con una persona que tenga autoridad moral en sentido evangélico: una persona que tenga fe, que incluso puede provenir de fuera del grupo.

El guía debe comunicar un método de vida: enseñar a reconducir todo a una idea fundamental, meditando, mirando y amando la cual pueda nacer «todo el resto». Este es el origen de nuestro método: que la vida cristiana nace del encuentro con una presencia, siguiendo la cual se cambia. Precisamente en este cambio de uno mismo es donde madura discretamente la idea de una regla.

El guía debe favorecer una auténtica seriedad en la fe. Debe ser un guía que encamine el grupo, lo conforte, lo ayude a corregir la inevitable tendencia a la artificiosidad y el moralismo.

La relación estable con un persona «externa» al grupo (sacerdote, responsable del Movimiento, miembro de los Memores Domini) puede evitar que se enfatice el propio grupo en detrimento de la unidad de toda la Fraternidad, que no es una federación de realidades autónomas.

Todo grupo debe tener un prior, que desarrolla una labor de secretaría (avisos, distribución de textos, etc.) y de orden. El prior se atiende a las indicaciones recibidas del Centro a través del responsable diocesano o regional y del miembro del Ejecutivo al que está confiado el cuidado de la región.

4. La regla

En la vida del grupo la regla está en función de un incremento de la relación entre la persona y Cristo y, por tanto, como consecuencia, de un incremento del Movimiento en el servicio a la Iglesia.

a) Oración

Cada grupo debe darse una regla de oración: puede ser decir un Avemaría por la tarde o la participación en la Misa diaria. No importa si se sigue la hipótesis mínima o la máxima. Lo que importa es el gesto de oración, la fidelidad a él.

b) Pobreza

La aportación mensual al fondo común de toda la Fraternidad, que implica sacrificio, está en función de un incremento de la conciencia de la pobreza como virtud evangélica. Como dice san Pablo: «No tenemos nada y poseemos todo». El verdadero modo de poseerlo todo es estar desapegados de todo. Se puede uno comprometer incluso con diez pesetas sólo, pero entregarlas con fidelidad tiene un valor fundamental de reclamo, porque es un gesto concreto y unitario. Quien no se comprometa con esta indicación no puede considerarse miembro de la Fraternidad.

c) Desarrollo del conocimiento de la doctrina de la Iglesia

La profundización catequética del Movimiento se hace en la Escuela de Comunidad: ella ilumina nuestra formación permanente. Debe desarrollarse valorando en su ámbito los Ejercicios y los textos que brotan del Movimiento, que aclaran el contexto en el que se coloca el «curso» marcado por la Escuela de Comunidad.

Caso de que la Escuela de Comunidad se haga en otro sitio (como resultado de la presencia misionera del adulto dentro del ambiente), que el grupo de Fraternidad medite los Ejercicios espirituales o los textos indicados por el

Movimiento, sin que falte, en todo caso, la referencia a la Escuela de Comunidad.

5. La obra

La obra de la Fraternidad es el crecimiento del Movimiento en el servicio a la Iglesia. La asunción de compromisos específicos está, por tanto, en función de esto (véase la Carta a los nuevos inscritos en la Fraternidad).

IMAGEN DE LOS GRUPOS DE FRATERNIDAD

1. Premisa

La adhesión a la Fraternidad es personal: es válida y permanece con o sin grupo. Este es un principio fundamental, pues la persona vive la fe obedeciendo «de corazón», es decir, libremente y directamente, «a la forma de enseñanza a la que hemos sido entregados» (Joseph Ratzinger, «Intervento di presentazione del nuovo Catechismo», *L'Osservatore Romano*, 20-1-1993, p. 5).

La imagen del grupo de fraternidad que se describe es el modo como puede ser sostenida la adhesión personal a la Fraternidad entera.

2. Objetivo y naturaleza del grupo de Fraternidad

El grupo de fraternidad es un lugar de amistad cristiana, o sea, de reclamo y de memoria a la conversión personal, un lugar en el que sea más fácil y estable la voluntad de vivir para Cristo. No hay duda de que es más fácil ser corregidos que corregirse, por ello es útil un lugar de reclamo. El grupo de fraternidad, como figura de la Fraternidad en su conjunto, «es la conciencia explícita de estar en camino, de tener un destino, y por tanto, una ayuda a profundizar la conciencia, una ayuda a profundizar el conocimiento y la conciencia» (Luigi Giussani, *L'opera del movimento. La Fraternità di Comunione e Liberazione*, San Paolo, Cinisello Balsamo 2002, p. 105). Es una «proximidad de personas que se aceptan como una escuela, [...] una escuela para aprender a amar al otro» (*ibidem*, p. 168).

«Tiene que llegar a ser un lugar que moviliza, que nos cambia» (*ibidem*, p. 9).

Las fraternidades ayudan a procurar la santidad personal y la vocación que se vive: «La exigencia [...] de vivir la fe y comprometerse con ella» (L. Giussani, «Lettera ai nuovi iscritti alla Fraternità», en *ibidem*, p. 249), contribuyendo así a la obra de salvación que Cristo ha introducido en el mundo con su Iglesia.

3. Método (¿Con qué criterio se escoge un grupo?)

El criterio con el que se escoge un grupo es la proximidad, ocasión de una convivencia que se debe desear. La primera proximidad, que permite reconocer el valor de todas las demás, es la vocacional. En este sentido, los grupos de fraternidad «tienen que nacer según las convergencias naturales y las elecciones de las personas, sin esquemas fijos (“el

ambiente”, antes que un territorio o una clase social, son las relaciones interpersonales)» (*ibidem*, p. 40).

El grupo de fraternidad puede formarse a partir de una amistad previa, pero ante todo implica la decisión respecto de la necesidad de la compañía de tales personas para la propia fe y para las necesidades de la vida.

La consecuencia de semejante compañía es el descubrimiento de cada vez más personas como fraternas, es decir, la misión: la expresión más verdadera de la experiencia de la fraternidad.

De hecho, «una comunión explícita implica toda la vida, de forma que lo que le ocurre al otro ya no puede dejar de afectar e implicar mi propia vida.» (L. Giussani, «Lettera ai nuovi iscritti alla Fraternità», en *ibidem*, pp. 251-252).

4. Regla y conducción

La regla sugerida a los grupos de fraternidad se propone como una ayuda que se ofrece a cada uno dentro del compromiso que se ha asumido con la adhesión a la Fraternidad. Ésta prevé:

- Una mínima dedicación a la *oración*;
- Una educación concreta a la *pobreza* (incluido el valor del dinero, a través del *fondo común*);
- Apoyo a la *obra del movimiento* (quizá a través una obra concreta);
- Profundización en la *doctrina de la Iglesia*.

En cualquier caso, los grupos de fraternidad «no pueden tener como expresión propia el debate sobre un texto» (*ibidem*, p. 83) sin que llegue a ser confrontación con las exigencias de la vida, materiales y espirituales.

Esto aclara también la función y el modo de la Escuela de comunidad. «La Escuela de comunidad, si se viviera bien por parte de los adultos, tendría que convertirse en Fraternidad. [...] Por eso, una Escuela de comunidad es una Fraternidad “que no ha llegado a nacer”, es decir, todavía no es Fraternidad porque está en la superficie de nuestro compromiso: es un ejercicio, más que una vida» (*ibidem*, p. 167). Todo es potencialmente una fraternidad.

Las fraternidades son guiadas por: los *Ejercicios espirituales* y el trabajo posterior sobre este gesto; los *retiros*; y, en su caso, las *Asambleas Regionales*. *El prior* tiene una importante función de secretaría, cuyo aspecto principal es comunicar las indicaciones del Centro; no es inamo-

vible, ya que a cada uno le toca ser responsable de la vida de la propia fraternidad. Los grupos de fraternidad pueden escoger como “guías” a personas con autoridad en sentido evangélico, que pueden no pertenecer al grupo, pero que – en cualquier caso – han de ser aprobadas por el Ejecutivo.

El objetivo de todas las indicaciones es el aumento de una humanidad cristiana: una humanidad distinta en el modo concreto de pensar, sentir y, si es posible, de comportarse.

Toda la Fraternidad, evidentemente, encuentra su consistencia dentro del movimiento y de la dirección que éste ofrece. No es oportuno añadir otros instrumentos a los ya previstos para la guía de la Fraternidad (cartas e intervenciones del fundador; diaconía central, responsables regionales, etc.). Es importante, en cambio, que los instrumentos actualmente presentes sean vividos con seriedad y si fuera posible, preparados, enviando contribuciones y preguntas a los responsables. En concreto, es importante subrayar el valor de los Retiros, que deben tener: un momento de reflexión (que retome la actualidad de los Ejercicios); un momento de silencio; un momento de asamblea y la Santa Misa.

Notas

- ¹ Lc 18, 8.
- ² «Il n'est pas d'idéal auquel nous puissions nous sacrifier, car de tous nous connaissons les mensonges, nous qui ne savons point ce qu'est la vérité» (Cfr. A. Malraux, *La tentation de l'Occident*, Bernard Grasset, Paris 1926, p. 216).
- ³ Jn 12, 24.
- ⁴ J. Ratzinger, «Homilía del Cardenal Joseph Ratzinger, Decano del Colegio Cardinalicio», en *L'Osservatore Romano*, 9 de abril de 2005, p. 3.
- ⁵ Cfr. *Las cartas de Santa Catalina de Siena*, vol. III, Giunti - Barbera, Florencia 1970, p. 204.
- ⁶ B. Ward, *Faith and Freedom*, W.W. Norton & Company, New York 1954, p. 4.
- ⁷ L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 1987.
- ⁸ H. Arendt, *Responsabilità e giudizio*, Einaudi, Torino 2004, p. 31.
- ⁹ L. Muraro, *Il Dio delle donne*, Mondadori, Milano 2003, p. 37.
- ¹⁰ «Teniendo conciencia de estar al límite del misterio, nace esa inquietud que le empujará hacia delante. Ninguna situación, para él, puede ya ser estable, porque nada le satisface [...] El movimiento de la historia [...] no se manifiesta sólo en acontecimientos externos, sino que se desarrolla en las profundidades mismas del alma» (Cfr. K. Jaspers, *Del tragico*, Se, Milán 2000, pp. 18-19).
- ¹¹ L. Giussani, *Un café en compañía*, Rizzoli, Milán 2004, p. 76.
- ¹² L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal*, Encuentro, Madrid 1996, p. 56.
- ¹³ M. Zambrano, *L'uomo e il divino*, Ed. Lavoro, Roma 2001, p. 280.
- ¹⁴ «Ce que "je suis" est incommensurable à ce que "je sais"», (P. Ricoeur, *Gabriel Marcel et Karl Jaspers*, Éditions du Temps Présent, Paris 1947, p. 49).
- ¹⁵ M. Zambrano, *Persona e democrazia*, Mondadori, Milán 2000, p. 37.
- ¹⁶ *Fecisti nos ad te, domine, et inquietum est cor nostrum, donec requiescat in te*. (San Agustín, *Las confesiones*, Libro I, cap. 1).
- ¹⁷ Sal 42 (41), 2-3.
- ¹⁸ San Basilio el Grande, de la «Regla monástica mayor», PG 31, 908-910, en *Liturgia de las horas según el rito romano*, vol. III, martes de la primera semana del Tiempo Ordinario, Coeditores Litúrgicos, Madrid 1981, p. 43-44.
- ¹⁹ G. Leopardi, «Sopra il ritratto di una bella donna», vv. 22-23, en *Cara beltà...*, BUR, Milán 1996, p. 96.
- ²⁰ L. Bloy, *La donna povera*, Città Armoniosa, Reggio Emilia 1978, p. 84.
- ²¹ L. Giussani, *Avenimento di libertà*, Marietti 1820, Genova 2002, p. 149.
- ²² J.P. Sartre, *El ser y la nada*, Ed. Altaya, Barcelona 1993.
- ²³ M. Maniscalco e R. Veras, «My Father Sings to Me», en *Cancionero*, Comunión y Liberación, Madrid 2004, p. 452.

- ²⁴ A. Mascagni, «Il mio volto», en *Cancionero*, Comunción y Liberación, Madrid 2004, p.356.
- ²⁵ Cfr.: «La religión es ciertamente lo que el hombre hace en su soledad, pero también es aquello en lo que descubre su compañía esencial. Tal compañía es además más original que la soledad, pues ese interrogante estructural no a sido generado por mi voluntad, se me da. Por eso, antes que la soledad está la compañía que abraza mi soledad, por lo que esta ya no es verdadera soledad sino grito de llamada a la compañía escondida» (L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 74).
- ²⁶ C. Pavese, *Il mestiere di vivere*, Einaudi, Torino 1952, p. 276. *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 2001.
- ²⁷ L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 71.
- ²⁸ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 1996, p. 144-145.
- ²⁹ M. Zambrano, *Persona e democrazia*, Mondadori, Milán 2000, p. 65.
- ³⁰ F. Mauriac, *Groviglio di vipere*, Mondadori, Milán 1979, p. 201.
- ³¹ H. Ibsen, *Peer Gynt*, atto V, Einaudi, Torino 1959, p. 131.
- ³² L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 69.
- ³³ L. Muraro, *Il Dio delle donne*, op. cit., p. 31-32.
- ³⁴ F.M. Dostoievski, *Los demonios*, Alianza Editorial, Madrid 2000.
- ³⁵ A.J. Heschel, *Il canto della libertà*, Qiqajon, Magnano (Biella) 1999, p. 54.
- ³⁶ G. Ferrara, «La dittatura del desiderio... » en *Il Foglio*, 17 de enero de 2005, p. 1.
- ³⁷ J. Ratzinger «Pidamos con insistencia al Señor que después del gran don del Papa Juan Pablo II nos done de nuevo un Pastor a la medida de su corazón», Homilía de la Misa *pro eligendo Romano Pontifice*, en *L'Osservatore Romano*, 19 de abril de 2005, pp. 6-7.
- ³⁸ G. Ferrara, «Preghiera a labbra secche: Benedetto XVI, aiutaci tu», en *Il Foglio*, 25. de abril de 2005, p. 1.
- ³⁹ F. Mauriac, *Groviglio di vipere*, op. cit., p. 201.
- ⁴⁰ Carta firmada.
- ⁴¹ *Jn* 4, 13-14.
- ⁴² *Jn* 4, 15.
- ⁴³ San Bernardo de Claraval, *Sermones sobre el cantar de los Cantares*, LXXIV.
- ⁴⁴ Guillermo de Saint Thierry, *La contemplazione di Dio*, Fabbri, Milán 1997, p. 62.
- ⁴⁵ Benedicto XVI, «Un servicio a la alegría», homilía de inicio del Ministerio del Sumo Pontífice, en *L'Osservatore Romano*, 25 de abril de 2005, p. 1.
- ⁴⁶ *Ibidem*.
- ⁴⁷ *Hch* 6, 9.
- ⁴⁸ *Hch*, 10.
- ⁴⁹ *1 Cor* 15, 14-15.
- ⁵⁰ *Jn* 15,18.
- ⁵¹ *Jn* 15, 19.
- ⁵² *Jn* 17, 3.

- ⁵³ Cfr. L. Giussani «Enviados por la gloria de Cristo», en *Communio*, 24 (1996), n. 148, pp. 101-109.
- ⁵⁴ Ch. Péguy, «El pórtico del misterio de la segunda virtud», Encuentro, Madrid 1991, pp 13-20
- ⁵⁵ Mt 28, 20.
- ⁵⁶ San Bernardo de Claraval, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, LXXXIV.
- ⁵⁷ Gregorio di Nisa, *Homilías sobre el Cantar de los Cantares*, Città Nuova, Roma 1996, p. 47.
- ⁵⁸ L. Giussani, *Avvenimento di libertà*, op. cit., p. 20.
- ⁵⁹ *Flp* 3, 13-15.
- ⁶⁰ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, op. cit., p. 160.
- ⁶¹ San Bernardo de Claraval, *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, LXXIV.
- ⁶² San Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 62, 3-5.
- ⁶³ Isaac de Nínive, *Discursos ascéticos*, Qiqajon, Magnano (Biella) 2004, p. 144.
- ⁶⁴ San Agustín, *Comentario al Evangelio de Juan*, sermón 40,10.
- ⁶⁵ Cfr. Hugo de san Víctor, *De arra animae*, Glossa, Milán 2000, p. 1.
- ⁶⁶ Mt 28, 20.
- ⁶⁷ San Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 39, 7-8.
- ⁶⁸ L. Giussani, *Avvenimento di libertà*, op. cit., p. 149.
- ⁶⁹ San Agustín, *Sermón 313/F*.
- ⁷⁰ Cfr. L. Giussani, *Vivendo nella carne*, BUR, Milán 1998, p. 265.
- ⁷¹ Guillermo de Saint Thierry, *La contemplazione di Dio*, op. cit., p. 65.
- ⁷² San Agustín, *Enarrationes in Psalmos* 62, 3-5.
- ⁷³ Cfr. Santo Tomás, *Summa Theologiae*, II, IIae, q. 179, art. 1.
- ⁷⁴ 1 Cor 12, 3.
- ⁷⁵ Rm 5, 5.
- ⁷⁶ Cfr. L. Giussani, *L'opera del movimento. La Fraternità di Comunione e Liberazione*, San Paolo, Cinisello Balsamo (Mi) 2003, pp. 152-153.
- ⁷⁷ J.A. Möhler, *La unidad en la Iglesia*, Eunote, Pamplona 1996.
- ⁷⁸ Se hace referencia a una conversación de don Giussani con algunos *Memores Domini* que tuvo lugar en Subiaco el 4 de agosto de 1970, pro manuscripto, p. 1.
- ⁷⁹ Cfr. Jn 16, 5-15.
- ⁸⁰ Se hace referencia a una conversación de don Giussani en un Retiro de Novicios de 1997, pro manuscripto.
- ⁸¹ L. Giussani, «El mayor sacrificio es dar la vida por la obra de Otro», en *Litterae Communionis-Huellas*, abril de 2005, p. 5.
- ⁸² Ver «Un nuevo inicio», en *Litterae Communionis-Huellas*, abril de 2005, p. 3.
- ⁸³ Carta firmada.
- ⁸⁴ L. Giussani, *L'opera del movimento. La Fraternità di Comunione e Liberazione*, op. cit., pp. 70-71.

⁸⁵ V.S. Grossman, *Vida y destino*, Seix Barral, Barcelona 1995, pag. 164.

⁸⁶ V.S. Grossman, *Vida y destino*, op. cit., p. 165.

⁸⁷ San Gregorio Nacianceno (338-389), *Carmina*, «Carmina LXXIV», PG II, I, vv. 4-12.

⁸⁸ *Jn* 14, 21.

⁸⁹ *Jn* 14, 18.

⁹⁰ *Jn* 14, 19.

Índice

MENSAJE DE SU SANTIDAD BENEDICTO XVI	3
--------------------------------------	---

Viernes 29 de abril, noche

INTRODUCCION	4
--------------	---

SANTA MISA – HOMILIA DE SU EXCELENCIA MONSEÑOR LUIGI NEGRI	9
---	---

Sábado 30 de abril, mañana

PRIMERA MEDITACION – <i>Deseo y cumplimiento</i>	11
--	----

SANTA MISA – HOMILIA DE SU EXCELENCIA MONSEÑOR CARLO CAFFARRA	23
--	----

Sábado 30 de abril, tarde

SEGUNDA MEDITACION – <i>¿Cuál es la esperanza que no defrauda?</i>	27
--	----

Domingo 1 de mayo, mañana

ASAMBLEA	41
----------	----

SANTA MISA – HOMILIA DE SU EXCELENCIA MONSEÑOR FILIPPO SANTORO	55
---	----

MENSAJES RECIBIDOS	57
--------------------	----

TELEGRAMAS ENVIADOS	59
---------------------	----

Apéndice

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑIA	65
-----------------------------	----

DIRECTORIO PARA LOS GRUPOS DE FRATERNIDAD	68
---	----

IMAGEN DE LOS GRUPOS DE FRATERNIDAD	71
-------------------------------------	----

<i>Notas</i>	74
---------------------	----



LA ESPERANZA NO DEFRAUDA

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD
DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN



RÍMINI 2005